

61. Varios autores
*Experiencias de movilidad académica
internacional*
(ensayo)

62. María Natividad López
Tinajero
coordinadora
*Inclusión educativa: génesis
de una identidad profesional
desde narrativas estudiantiles*
(ensayo)

63. Isis Alejandra López Pérez
coordinadora
*La exploración del mundo social
en preescolar*
(ensayo)

64. Francisco Jacob Gómez
Contreras
*Historias con imaginarios:
formación docente en la
licenciatura de telesecundaria*
(relato)

65. Hilda Margarita López Oviedo
coordinadora
*Formación docente, enseñanza
y evaluación*
(ensayo)

En este texto se presentan 14 historias relacionadas con la educación de décadas atrás. En ellas se describen las condiciones de vida y experiencias de quienes tenían el privilegio de asistir a la primaria y cómo recuerdan aquellos tiempos. A través de sus palabras nos comparten sus memorias y nos llevan a reflexionar sobre los estilos de educación, la importancia de conocer el contexto familiar de los estudiantes y la relevancia del papel docente en los primeros años de la vida infantil.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

**Consejo
Nacional
de Autoridades de
Educación Normal**
CONAEN

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Ruth Maldonado Cuevas

coordinadora

Relatos sobre educación: las voces del recuerdo



Ediciones Normalismo Extraordinario

Los autores de este libro son estudiantes del quinto semestre de la licenciatura en educación preescolar en la Escuela Normal de Jilotepec, docentes en formación comprometidos y dedicados a la tarea de educar. Son investigadores noveles que desarrollan sus habilidades y experiencias para incursionar en el ámbito de la investigación educativa bajo la tutela de la maestra Ruth Maldonado Cuevas.

Imagen de portada: Leonel Lugo
Becerril

Relatos sobre educación: las voces del recuerdo

Ruth Maldonado Cuevas
coordinadora

Relatos sobre educación: las voces del recuerdo

Ediciones Normalismo Extraordinario

Relatos sobre educación: las voces del recuerdo

Primera edición, 2020

D. R. © 2020 Ruth Maldonado Cuevas, coordinadora

D. R. © 2020 Esmeralda Becerril Martínez, Alejandra Barajas Bravo, Juana Itzel Martínez Narváez, Brenda Michelle Aguilar Camacho, María Luisa Avendaño Hernández, Miguel Martínez Ordoñez, Diana Martínez Reyes, Maytte Estrada Monroy, Briseida García Osornio, Brenda Hernández Pérez, Laura Flores De Jesús, Rodrigo Alpizar Montiel, María Isabel Ugalde Espinoza, por textos

D. R. © 2020 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN volumen: 978-607-8776-31-3

ISBN obra completa: 978-607-9064-23-5

Impreso y hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

**Consejo
Nacional
de Autoridades de
Educación Normal**
CONAEN


GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Andrés Manuel López Obrador
Presidente de México

Esteban Moctezuma Barragán
Secretario de Educación Pública

Francisco Luciano Concheiro Bórquez
Subsecretario de Educación Superior

Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior
para el Magisterio

Édgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional del Estado de México

Gerardo Monroy Serrano
Secretario de Educación

Maribel Góngora Espinosa
Subsecretaria de Educación Superior y Normal

Edgar Alfonso Orozco Mendoza
Director General de Educación Normal

Mary Carmen Gómez Albarrán
Directora de Fortalecimiento Profesional

Marco Antonio Trujillo Martínez
En suplencia del Subdirector de Escuelas Normales

Gabriel Velázquez Jasso
Encargado del Despacho de la Dirección
de la Escuela Normal de Jilotepec

ÍNDICE

Presentación	11
Prólogo	13
La escuela de nuestros padres hace 50 años <i>Esmeralda Becerril Martínez</i>	17
Una experiencia a través de la educación primaria <i>Alejandra Barajas Bravo</i>	23
La educación de antes <i>Juana Itzel Martínez Narváez</i>	29
Ante un recuerdo de mi infancia <i>Brenda Michelle Aguilar Camacho</i>	33
Dame alas para recordar: Emilio <i>Maria Luisa Avendaño Hernández</i>	39
La educación de Chivis <i>Miguel Martínez Ordoñez</i>	43
La vida estudiantil de Enedina <i>Diana Martínez Reyes</i>	49
Caminando entre recuerdos: un bello reencuentro con mi educación infantil <i>Maytte Estrada Monroy</i>	55
Una mirada a la educación hace más de 50 años <i>Briseida Garcia Osornio</i>	61
Mi mamá: una historia contada <i>Brenda Hernández Pérez</i>	67

La educación que yo recibí <i>Laura Flores De Jesus</i>	75
La escuela, mi historia <i>Rodrigo Alpizar Montiel</i>	81
Los pasillos de una memoria infantil <i>Maria Isabel Ugalde Espinoza</i>	85
La escuela de mi padre <i>Ruth Maldonado Cuevas</i>	93

PRESENTACIÓN

El contenido de este libro es producto del trabajo realizado por estudiantes normalistas, quienes cursaban el quinto semestre de la Licenciatura en Educación Preescolar. Su compromiso y dedicación hizo posible compilar los relatos que en él se encuentran, esperando sirvan de reflexión al lector sobre la educación recibida años atrás y tomen perspectiva de la ofrecida en los tiempos actuales, analizando y valorando el papel de nosotros como docentes, así como la huella dejada en la mente y el corazón de nuestros estudiantes.

Agradecemos a todos los que hicieron posible esta compilación de relatos, especialmente a aquellos quienes compartieron con nosotros sus vivencias y experiencias, permitiéndonos entrar en sus recuerdos, conocer sus circunstancias de vida, acercándonos un poco a la comprensión del fenómeno educativo a partir de su testimonio.

Como se percatarán en el transcurso de la lectura, cada estudiante dio su propio estilo a la crónica a partir del interés personal por transmitir la información; un enfoque particular el cual da sentido a las palabras de sus protagonistas, rescatando sus ideas, emociones y sentimientos, todo con la finalidad de recuperar la voz de aquellos que tienen mucho por contar.

Les obsequiamos este libro, fruto del trabajo académico, con la intención de poner al lector adulto en contacto con lo

vivido y al lector joven, darle un panorama de la educación de antaño, incitándolo, si es posible, a valorar lo que hoy tienen, aprovechándolo para alcanzar sus sueños y cumplir sus metas.

PRÓLOGO

Esta compilación de relatos surge como producto final del trabajo realizado durante el curso: *Herramientas básicas para la investigación educativa*, del plan de estudios 2012 para la Licenciatura en Educación Preescolar. El propósito fue que los estudiantes normalistas se convirtieran en usuarios estratégicos de la investigación educativa y desarrollaran así una diversidad de competencias, las cuales les permitan diseñar, conducir y analizar diversas indagaciones. Atendiendo de esta forma a la competencia profesional: “Utiliza recursos de la investigación educativa para enriquecer la práctica docente, expresando su interés por la ciencia y la propia investigación”.

Cada uno de los relatos expuestos es producto de una entrevista a profundidad llevada a cabo por los docentes en formación. La entrevista a profundidad es una técnica de investigación que busca obtener información para comprender la realidad a partir de la perspectiva, ideas, creencias, de las personas involucradas en una pesquisa; aprehender el significado y sentido dado al objeto de estudio desde su sentir y por medio de su propio lenguaje, resultando de especial relevancia las explicaciones obtenidas mediante conversaciones libres, mirando a través de sus argumentos.

Insertado en una perspectiva de investigación cualitativa, se utilizaron los relatos de vida como recurso para dar a conocer los hallazgos y ordenar la información,

permitiendo al lector conocer a los protagonistas, sus circunstancias, sus vivencias relacionadas con los primeros años de su escolaridad. Las historias tienen la intención de contextualizar, mostrar, comprender, y con suerte inspirar, haciendo énfasis en cómo las experiencias vividas en el pasado pueden definir las personas que somos en el presente.

El proceso de aprendizaje tuvo dos propósitos subyacentes. El primero, que los estudiantes vivenciaran una experiencia de aprendizaje real, situada, con una intención clara y con sentido para ellos, con la cual pudieran experimentar directamente procesos de investigación, no sólo a nivel teórico, sino puesta en acción al contar una historia, favoreciendo así habilidades de manera holística, entre ellas: interactuar con el otro, hablar, escuchar, escribir, obtener información con tacto para hallar lo deseado, generando un clima de empatía, confianza y sobre todo, comprender el pasado y analizar el presente.

El segundo propósito estuvo relacionado con la añoranza. Por naturaleza tendemos a comparar la educación de antes con la de ahora, pero olvidamos que esa educación estuvo inserta en circunstancias específicas y características particulares. Existe en la memoria de quienes formaron parte de ella, es real y significativa de una manera muy particular. Es preciso conocer el panorama general para comprender y reflexionar lo lejano, o quizá no tan lejano.

Es verdad, los tiempos han cambiado, pero hay algunas cosas que permanecen, es deber y obligación de los futuros docentes reflexionar sobre:

➤ Quienes son como estudiantes. Sus ventajas y desventajas en los tiempos modernos, procurando aprovechar la oportunidad de estudio que la vida les presenta.

➤ Quienes son sus futuros alumnos. Entender que todos vienen de contextos diferentes, tienen necesidades distintas, por tanto, deben atender sus particularidades; formamos seres humanos con una historia propia y es necesario ser sensibles ante ésta.

Es momento de hacer una pausa en el camino y analizar nuestras formas de actuación, reflexionar qué es necesario conservar y cuáles elementos debemos modificar. No perdamos de vista nuestro papel como agentes de cambio y transformación, ayudando a otros a ser mejores personas y entre todos, construir una sociedad y nación próspera. Si ésta es la meta, perseveremos para alcanzarla.

Aquí dejamos en sus manos esta serie de relatos. Para aquellos quienes formaron parte de esta educación, esperamos puedan recordar y volver a vivir su experiencia, sabiendo que lo que hoy han hecho, es producto de su historia, agradeciéndoles el permitirnos, como docentes, ser parte de la misma.

Para los jóvenes, una oportunidad de pensar en su situación de estudiantes, valorar lo que hoy la vida les otorga y agradecer a quienes son parte de su formación (padres, hermanos, abuelos, maestros, compañeros, amigos) los cuales, independientemente de cualquier cosa, les dejarán enseñanzas para toda su vida, y aunque ahora no lo crean, terminarán añorando en el futuro.

Finalmente, para quienes somos parte del normalismo, un recordatorio de la trascendente labor que realizamos día con día, de la importancia de saber quiénes son nuestros estudiantes, de ayudarles a encontrarse en este mundo; formar su ser para afanarse en mejorar, por el bien común, aportando bienestar a nuestra sociedad.

LA ESCUELA DE NUESTROS PADRES HACE 50 AÑOS

Esmeralda Becerril Martínez

Esta es la historia de Leticia, una niña estudiosa la cual tuvo una infancia difícil, sólo estudió hasta quinto grado de primaria. Su vida siempre estuvo llena de altas y bajas. Cambió de escuela en muchas ocasiones: “cursé cada año de primaria en una escuela diferente a causa de que mi papá cambiaba constantemente de trabajo”, nos cuenta, por ello conoció a varios maestros “algunos buenos, algunos malos”, como ella los definía, pero sin duda, todos marcaron su vida.

Los recuerdos de su época de estudiante inundan su mente, en ocasiones suspira y en otras ríe, pues tiene muchas historias que contar, algunas alegres o chuscas y otras tantas tristes, sin embargo, siempre le agradó mucho ir a la escuela, la consideraba una distracción del trabajo que le esperaba en casa. Aprovechaba este tiempo para aprender, jugar con sus hermanos y conocer a otros niños quienes más adelante se convertirían en sus mejores amigos.

Cuando asistía a la primaria, en los años 60's, la educación era muy diferente a la de hoy en día, los maestros, “casi todos daban miedo”, nos explica. Siempre tenían cara de enojados y únicamente se centraban en enseñar a realizar las operaciones básicas, a leer y escribir, pues en aquella época se consideraba suficiente contar con

estos conocimientos para ganarse la vida sin ningún problema y más las mujeres, que sólo iban a la escuela algunos años y después sus padres las sacaban para trabajar y ayudar en los gastos del hogar.

Su infancia estuvo rodeada de muchos maestros, todos ellos con un método de enseñanza muy característico: tenían la autorización de sus padres para golpearlos si se portaban mal o no entregaban los trabajos como se les pedía; un manotazo o un reglazo era suficiente para que los alumnos vivieran atemorizados y entregaran todas las tareas y trabajos solicitados, y así lo hacían, pero no con el fin de aprender, sino con el de no ser golpeados o regañados por los maestros o por sus propios padres.

Era evidente que los maestros de aquella época no eran como los de hoy en día, pues ellos solicitaban materiales fáciles de conseguir o de poco valor, éstos podían ser palitos, piedritas, hojas de periódico, un lápiz, una libreta o simplemente el libro de texto gratuito otorgado por la propia escuela, pues con eso era suficiente para aprender.

Tampoco usaban uniformes, asistían a la escuela con la ropa de diario, la misma que usaban para trabajar en casa, asimismo, los maestros no se los exigían, pues la mayoría de las familias no tenían dinero para comprarlo, además no era obligatorio para adquirir un aprendizaje. “Ahora te piden una lista de útiles y dos, tres o más uniformes de manera obligatoria”, nos platica.

Como en la actualidad, existía un horario escolar el cual se debía cumplir, éste abarcaba aproximadamente cinco horas: de 9:00 a.m. a 2:00 p.m. Sin embargo, no sucedía nada

si faltaban una o dos veces por semana, los maestros sabían que sus alumnos podían haber enfermado o tenían muchas labores en casa. No obstante, si se ausentaban durante más días o hasta semanas, podía ser motivo de reprobación pues no aprendían nada y esto era suficiente para repetir el año.

En cuestión de tareas, los maestros no dejaban mucha pues sabían que en casa los esperaba demasiado trabajo; debían ayudar a mamá en las labores del hogar y a papá a limpiar el corral de los cerdos, cuidar las vacas, borregas, burros y demás animales. “A mí me tocaba ayudar a mi mamá a atender una pequeña tienda, pues yo era la más pequeña de la familia”, nos explica.

En el caso de las evaluaciones ocurría una situación muy particular: los maestros asentaban calificaciones procedentes de algunos exámenes realizados durante el ciclo escolar, las pocas tareas que dejaban para hacer en casa y los ejercicios elaborados en clase; sin embargo, en sus boletas tiene calificaciones muy bajas y no se explica cómo las obtuvo si ella entregaba todo lo solicitado, dicha situación la pone a pensar si los maestros les colocaban una calificación inventada.

En aquel tiempo las calificaciones no eran algo muy importante para sus padres, la única meta era no reprobar porque ahí sí tendría un gran problema con ellos, pues ya le habían advertido que si eso sucedía, inmediatamente se saldría de estudiar para ponerse a trabajar porque no estaba aprovechando el esfuerzo que hacían para mandarla a ella y a sus hermanos a la escuela, no obstante todo era muy

difícil, cuando se estaba adaptando a una escuela la cambiaban a otra.

Su constante cambio de escuelas permitió que tuviera muchos compañeros, como Susana y Pedro, a quienes conoció en la primaria de la comunidad de Mexicaltongo y con quienes sigue teniendo una muy buena amistad en la actualidad. Con ellos compartió momentos inolvidables como juegos, peleas, pláticas, alegrías y también tristezas.

Comenta que para llegar a cualquier escuela caminaba durante aproximadamente una hora y media, entre verdes pastizales, enormes milpas de maíz, montes y arroyos, en todo momento compartió aventuras con sus hermanos, amigos y compañeros. Entre ellas recuerda una anécdota sucedida en el municipio de San Francisco Soyaniquilpan, muy cerca de la Escuela Primaria “Gustavo Baz Prada” donde cursaba el cuarto grado; un día lluvioso un río creció hasta salirse de su cauce y cuando intentó cruzarlo, éste la arrastró y ahí perdió sus libros y libretas que llevaba en una bolsa y no en una mochila, pues sus papás no contaban con los recursos económicos suficientes para adquirir una, además no era un artículo de primera necesidad en el cual pudieran gastar.

Su economía no era buena, sus padres únicamente le daban un tostón (50 centavos) para gastar en el recreo, con este dinero se compraba unas galletas o un refresco pues era para lo que le alcanzaba, sin embargo, ella siempre procuraba comer antes de irse a estudiar; desayunaba leche recién ordeñada, pan o algo de la cena del día anterior, nunca se iba con el estómago vacío.

Aunque Leticia le ponía mucho empeño a estudiar, sus padres nunca la apoyaron como ella hubiera querido, ellos pensaban que estudiar no era indispensable. No se necesitaba saber mucho para trabajar en la siembra, pastorear los animales, cocinar o atender una pequeña tienda, lo cual sería su trabajo más adelante.

Así fue como en mayo de 1966, cuando ella tenía tan solo 10 años de edad y cursaba el quinto grado en la primaria “Benito Juárez”, ubicada en la comunidad de San Miguel de la Victoria, sus padres decidieron darle una lamentable noticia: ese sería el último año que estudiaría pues su hermana mayor se casaría en julio y se iría a vivir a la Ciudad de México con su esposo, esto ocasionaría que su madre se quedara sola en casa, por otra parte, la escuela ya estaba saliendo muy cara y sus papás no podían costearla, además, ya había aprendido lo elemental: leer, escribir y realizar las operaciones básicas. Ella aceptó la decisión de sus padres sin ningún problema pues no podía hacer nada y mucho menos contradecirlos.

Quien iba a pensar que hace algunos años estudiar era un privilegio sólo para unos cuantos, y cómo el paso por una institución educativa marca la vida de cualquier individuo; sin embargo, en ocasiones existen circunstancias familiares o sociales las cuales son capaces de impedir el cumplimiento de sueños, como fue el caso de esta pequeña niña, quien asistía a la escuela con el único propósito de aprender. No obstante, una serie de situaciones no la dejaron alcanzar su meta, la de ser una buena maestra, pero no de aquellas que golpeaban y gritaban, sino una cariñosa,

amable y respetuosa, que lograra ganarse el cariño y aprecio de todos sus alumnos.

Leticia no ha abandonado su sueño, en la actualidad se sigue preparando: ahora estudia el bachillerato abierto, comenta que quiere superarse, ser alguien en la vida y no depender de nadie, además desea ser un ejemplo a seguir para sus cuatro hijos, con la finalidad de que ellos nunca se rindan y cumplan todas sus metas y objetivos.

UNA EXPERIENCIA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA

Alejandra Barajas Bravo

Nací en Tepeji del Río, Hidalgo, en 1967. Viene a mi memoria cómo era mi pueblo por aquellos años, radicalmente diferente en relación a la actualidad. ¡Cuánto se ha transformado esa pequeña ciudad!, pues en aquel tiempo la mayoría de los habitantes se conocían y se ubicaba fácilmente a las familias.

Había carencias en cuanto a la urbanización, la mayoría de las calles eran empedradas, había transcurrido poco tiempo desde la pavimentación de la calle principal, hoy avenida Melchor Ocampo; la clínica del Seguro Social tenía poco más de diez años de funcionamiento y el mercado municipal estaba en su primera etapa de construcción. En el centro de la ciudad se encontraban tres instituciones educativas: una, mi escuela primaria “María Ángeles”, donde pasé los seis años de mi educación básica, otra llamada “Melchor Ocampo” y finalmente la “Sor Juana Inés de la Cruz”, esta última contaba también con nivel secundaria y era particular.

Sobre mi escuela, “María Ángeles”, su nombre es en honor a una de las maestras que impartió clases durante décadas en esta localidad, precisamente en la ya mencionada escuela “Melchor Ocampo”, junto a maestras y maestros quienes fueron sus contemporáneos: Eusebia Sierra, Celia

Fuentes, Carmen Ramírez y Camerino Jiménez; cabe señalar que los dos últimos aún viven y tienen más de 90 años. Igualmente, debo resaltar el trabajo de la maestra María Venegas Ibar, quien también recibió un homenaje a través de la imposición de su nombre a otra escuela primaria ubicada en la colonia San Francisco, primera sección.

Respecto a la situación socioeconómica, en esa época eran muy escasas las fuentes de empleo. La fábrica textil “La Josefina” era la principal empresa y daba trabajo a más de mil personas. En este lugar laboraba mi papá para solventar los gastos de la casa y poder enviar a sus hijos a la escuela. Ya en ese tiempo los padres de familia sabían de la importancia de la educación y sobreponiéndose a las limitaciones económicas procuraban proporcionar estudio a sus hijos.

Yo asistía a clases sin desayunar, esperaba impaciente la hora del recreo para recibir una cajita con leche y una palanqueta de cacahuete o a veces un pan. Esta situación afectaba directamente mi aprendizaje pues pensaba todo el tiempo en la comida, sin poner mucha atención a las palabras de las maestras y los maestros.

Sobre el desempeño de mis mentores considero principalmente dos cosas: por un lado, el reconocimiento a su paciencia, dedicación y esfuerzo, no en vano se habla del trabajo magisterial como un apostolado; por otra parte, el hecho de que algunos maestros de aquella época se excedían en la disciplina, pues incurrían en el maltrato físico hacia los alumnos, lo cual ahora resultaría impensable.

Debo comentar sobre las tareas extraescolares. De manera cotidiana nos pedían realizar ejercicios incluidos en los libros con el fin de otorgar continuidad y fortalecimiento a lo visto en la clase. Al día siguiente nos formaban en equipos de cuatro o cinco integrantes para compartir la actividad y apoyarnos mutuamente, pues la meta era comprender perfectamente los temas.

La mayoría de quienes integrábamos el grupo escolar éramos personas sociables, propiciando con ello la convivencia a la hora del recreo, donde se practicaban deportes y juegos como el voleibol o saltar la cuerda. Posteriormente regresábamos al salón para continuar con la rutina consistente en escuchar, leer y escribir.

Los materiales disponibles eran libros proporcionados por la misma escuela, una libreta donde realizábamos apuntes de todas las materias: Español, Matemáticas, Ciencias Naturales y Ciencias Sociales. Los útiles complementarios eran lápiz, goma y colores, los cuales yo cuidaba mucho, pues si se extraviaban debía comprar otros con el consiguiente disgusto de mis padres debido al gasto y al descuido que denotaba este hecho.

En aquel tiempo el sistema de enseñanza - aprendizaje se complementaba con actividades extraescolares y festejos cívicos. En éstos se recibía la invitación por parte de la presidencia para presentar nuestro trabajo en el jardín municipal.

Las demostraciones se encontraban relacionadas con fechas específicas: el 21 de marzo se realizaba la marcha de una hora, en la que lucíamos la vestimenta acorde a la

temporada, la cual era elaborada por las madres de familia; lo mismo se hacía el 5 de mayo y 16 de septiembre.

En el caso del 10 de mayo el programa era en honor a las mamás. En una ocasión se presentó un número de danza regional con el vestuario típico del Estado de Hidalgo. Esto con la finalidad de dar a conocer las actividades culturales impartidas en el programa escolar.

El 15 de mayo era otro día especial para los alumnos de todos los grados, pues se reunían las familias completas con el propósito de organizar un gran festejo en honor a los maestros de la institución. Nos poníamos de acuerdo para llevar comida: enchiladas, tacos, quesadillas, sopas, tostadas de frijoles, chicharrón y agua de diferentes sabores. Todo esto como una forma de agradecimiento hacia los profesores.

En esa jornada se hacían a un lado las diferencias, se limaban asperezas y se olvidaban las rivalidades surgidas entre los docentes, alumnos y padres de familia. Lo importante era convivir y estar en paz. Al final del festejo cada grupo se iba a su salón, donde se elegía a un alumno para entregar el obsequio al maestro. Este regalo se adquiría mediante la cooperación de todo el grupo.

Al llegar a sexto grado había una variante, pues aquí se realizaban un buen número de actividades. Se trataba del último año escolar del nivel primaria y el programa educativo otorgaba un valor especial al orden, la disciplina y la participación, siendo estas acciones de gran importancia para la educación de nosotros.

El maestro organizaba equipos de cinco o seis integrantes para picar fruta que él les proporcionaba. Ésta se colocaba en vasitos de plástico, vertiéndole polvitos “miguelito” y chamoy, posteriormente se acomodaban en las mesas de concreto ubicadas en la plaza cívica. Los vasitos se vendían a la comunidad estudiantil con el propósito de recaudar fondos para las actividades del 30 de abril y el 10 de mayo.

Algo muy presente para mí es lo siguiente: antes de finalizar mi etapa escolar en el sexto grado, se realizó un concurso el cual consistía en recibir un texto y transcribirlo en la libreta con la intención de saber quién escribía con la letra más bonita. Esto lo conservo vivamente en la memoria, pues tuve la satisfacción de ganar el segundo lugar y me obsequiaron una bolsita de celofán con ranitas de chocolate, lo cual era una motivación para superarme y ser cada día una mejor estudiante.

Finalmente el maestro comenzaba a organizar nuestra salida de último año. La principal actividad era ensayar el vals para la clausura. Esta ceremonia representaba la etapa culminante de mis estudios de educación primaria, implicaba un motivo de satisfacción. En mi caso salí con un buen promedio, lo cual indicaba estar lista para el siguiente paso en mi trayectoria estudiantil.

A pesar de haber cursado la secundaria, conservo un recuerdo bello y profundo hacia lo que fueron los seis primeros años de mi educación primaria en la escuela “María Ángeles”. Considero mi estancia en ella como la etapa más bonita vivida por mí.

La institución todavía existe y sigue progresando, hay más salones y cuenta con una diversidad de maestros capacitados, quienes se encuentran en constante actualización, teniendo ahora nivel de licenciatura, lo cual se refleja en el tipo de enseñanza brindada a los alumnos.

LA EDUCACIÓN DE ANTES

Juana Itzel Martínez Narváez

Al ir caminando por la calle observé a varios niños quienes, con su uniforme nuevo, su lonchera llena de comida y su mochila repleta de libros de texto, caminaban directo a la escuela. De pronto pasaron por mi mente los recuerdos de mi infancia y, con una lágrima en mi rostro, recordé lo difícil que fue para mí asistir a la escuela.

Retrocedí 44 años en el tiempo trayendo a mi memoria los comienzos de mi escolaridad. La escuela de ese entonces era rígida, los maestros te hacían cumplir las normas como estaban estipuladas, si no llevabas la tarea, te pegaban en las puntas de los dedos con una varita de membrillo, te dejaban sin recreo o te ponían orejas de burro.

Hoy lo entiendo, la intención de los docentes era proporcionar conocimientos de una manera estricta y aunque algunos maestros te trataban bien, había otros que eso no se les daba, como una de ellas, quien estuvo impartíendome clases en cuarto grado, era muy enojona. Cuando no contestabas las preguntas planteadas, iba hasta tu lugar, te jalaba las orejas hasta dar una respuesta correcta.

Al ir recordando, en mi mejilla se dibujó una sonrisa pues no todo era malo, vino a mi mente la hora de recreo en la escuela, en donde con el poco dinero que me daban para gastar, podía comprarme uno de mis dulces favoritos

llamado NUTRIPRIM, era una barra dura de leche con chocolate, deliciosa, te duraba mucho tiempo y sobre todo te quitaba el hambre, pues ese era el único alimento consumido durante mi estancia. Salir al recreo era algo mágico, podía disfrutar mi dulce favorito, jugar con mis primos futbol, voleibol o saltar la cuerda.

Pero las tardes de camino a casa también eran maravillosas, pues entre risas y jugueteo con mis hermanos y primos, las aventuras no quedaban a un lado. Recuerdo perfectamente el día que encontramos un animalito extraño. Era un día soleado, después de 40 minutos caminando sin descansar, entre árboles, ríos y grandes piedras, de pronto a lo lejos alcanzamos a ver un agujero, dentro de él algo se movía, lentamente nos fuimos acercando a ver de qué animal se trataba.

¡Oh sorpresa!, es una viborita. Gritamos todos reflejando una cara de felicidad y asombro queriendo jugar con ese animalito, lo jalamos de la cola hasta que salió del agujero, lo amarramos con un hilito y nos fuimos jugando con él, nos lo aventábamos unos a otros, saltábamos la cuerda con él o sólo lo arrastrábamos.

Al ver nuestra casa a lo lejos (ese lugar acogedor, de lámina, pequeño, humilde, pero donde nunca faltaba un plato de comida) corrimos para darles la sorpresa a nuestros padres de lo que habíamos encontrado en el camino. Mamá (grité), mira qué encontramos, es un animalito bien bonito, mira cómo nos saca la lengüita. Mi mamá con su cara de enojo, pero a la vez asustada, nos comenzó a regañar: “Cómo puede ser posible que traigan ese animal así, los

pudo haber picado o ahorcado, el animal es un alicante y cuando lo hacen enojar comienza a hacer un sonido extraño para poder atraer a otros animales de su misma especie”.

Cuando sentí ya tenía la mano de mi mamá sobre mi espalda, me había golpeado por haber llevado a ese animal a la casa y exponernos a un peligro, pero eso no fue todo, al llegar mi papá del trabajo, mi mamá, como buena esposa, le comentó la situación del animalito, de pronto se escucharon unos fuertes golpes en la puerta de nuestro cuarto, rápido abrimos, era mi papá, quien con un cinturón nos estaba esperando para darnos nuestro merecido.

De tanto que nos pegó, hasta al gallinero nos fuimos a meter para que ya no siguiera golpeándonos. Cuando se dio la noche, esperamos se durmieran nuestros padres, mis hermanos y yo con miedo, nos fuimos caminando de puntitas hasta llegar a nuestro cuarto para que no nos escucharán y no nos pegaran más.

Al día siguiente me levanté más temprano de lo normal, fui a la cocina y como de costumbre mi mamá me dio una tortilla y un vaso lleno de té, fue todo lo que desayuné esa mañana, agarré mis cosas de la escuela, las cuales sólo eran una libreta, un lápiz, un sacapuntas, colores, una goma y tres libros, y antes de que despertara mi papá, salí corriendo para la escuela, con tal de no verlo.

Después de varios minutos recordando esos momentos regresé a la realidad. Observé a mis hijos jugando en el patio y al instante me acordé que cuando yo era pequeña no tenía tiempo para jugar, pues al llegar de la escuela no me salvaba de las labores encomendadas por mis padres.

Caminaba dos kilómetros para ir a lavar la ropa o ir al pozo por agua para poder lavar los trastes y tomar. Cuando llegaba la noche, mis dos hermanas más grandes y yo teníamos que meter las borregas y los guajolotes, después de hacerlo realizábamos las tareas escolares, ya fueran 10 cuartillas de alguna palabra incorrecta, 10 sumas o restas, así como contestar varias páginas del libro de Español, Ciencias Naturales o Historia.

A pesar de ya haber transcurrido tantos años, mis ojos aún se inundan de lágrimas al recordar que dejé de asistir a la escuela cuando iba a cursar sexto grado de primaria, porque en mi casa ya no alcanzaba el dinero para darles escolaridad a mis hermanos más pequeños. Fueron bonitas experiencias y grandes conocimientos, me hubiese gustado seguir estudiando y ser una excelente profesionista.

ANTE UN RECUERDO DE MI INFANCIA

Brenda Michelle Aguilar Camacho

Bien dicen “recordar es volver a vivir” y sí, efectivamente. Recuerdo por ahí de 1972, en mi hermoso pueblo natal, Canalejas, la escuela primaria “Dr. Jorge Jiménez Cantú” a la cual asistí. Caramba, sin duda esa escuela, aunque chiquita y sencilla, dejó en mí un sinfín de recuerdos. Uno de ellos naturalmente es la enseñanza brindada por mis maestros; eran muy estrictos en aquel tiempo, sin embargo jamás tuve ningún problema con alguno de ellos. Es más, recuerdo perfectamente al famoso maestro Pedro, me llena de orgullo recordarlo, fui tan feliz.

Estábamos en aquellas divertidas clases de matemáticas y todos poníamos atención como regularmente solíamos hacer. Una clase jamás se me va a olvidar, en ella hablábamos sobre divisiones, mis favoritas. La oralidad para el maestro era la manera de darse cuenta que aprendíamos. Por tanto, en algún momento el maestro nos preguntó la respuesta de una división (en donde el divisor era cero).

-La respuesta es cero profesor- susurre de manera rápida.

-Claro que no maestro- contestó una compañera de manera burlona.

Desde atrás del salón se escuchó una voz de otra compañera donde mencionaba: no es cierto maestro, Ismael

tiene razón, pues como se sabe, todo número dividido entre cero será cero.

Me sentí tan orgulloso de mi respuesta, mi sonrisa me delataba. El maestro me felicitó delante de todos los compañeros reconociendo mi habilidad para las matemáticas, motivándome a seguir echándole ganas a mis estudios. Esas palabras me hicieron sentir satisfacción con la tarea realizada, como alumno de tan linda escuela.

Mis compañeros son otra parte importante de mis recuerdos. Durante mi estancia en la primaria no fui muy sensible, pero sí muy espontáneo. Si algo no me gustaba me iba a los golpes, realmente recordarlo me *chivea* un poco. Recuerdo un día donde le pegué a un chico porque no me quería prestar sus canicas o peor aún, la ocasión que le quité su torta de huevo a aquel niño chiqueado el cual se rio porque yo sólo llevaba una bolsita de capulines y una tuna pelada, malvado chamaco.

Mala suerte tuve cuando fueron mis padres los primeros en enterarse de la situación. Mi madre era quien asistía a todo lo relacionado con mi educación escolar, pobre de ella, siempre lidiaba con todas las quejas sobre mí, y no sólo eso, también debía tolerar los reclamos de mi padre, decía que no sabía educarme para ser una buena persona, según él yo aprendía con puros golpes, lo cual no le parecía una buena estrategia a mi mamá para educar a ninguno de sus hijos.

Mi padre tenía una forma muy ruda para educarnos. Cuando regresábamos a diario de la escuela, lo primero a hacer era quitarnos el uniforme y posteriormente, antes de comer, ir por agua a un pozo, el cual se encontraba como a

15 minutos a pie de nuestra casa. Si no realizábamos dicha actividad, nos recibía con el cinturón en la mano, dicho objeto funcionaba para marcarlo en nuestras *pompas*. Después de eso ya comíamos, para seguir con lo que se le ocurriera ponernos a hacer. Hasta anochecer podía hacer mi tarea de la primaria. Él decía que para solventar los gastos de la escuela debíamos trabajar primero.

Y si no bastaba lo anterior, por las tardes también mi abuelo me ponía a cuidar sus borregos. El *canijo* sol y ni un vaso de agua me llevaba el ingrato. Ahí me quedaba yo, en ciertas ocasiones dormido, hasta escuchar el chiflido que me indicaba llevar a guardarlos, después de eso lo tenía que acompañar por petróleo muy lejos de la casa.

Sin importar aquellos retos y dificultades, las mejores seis horas, de lunes a viernes, fueron vividas en mi bella primaria. En ella aprendí a leer, escribir y esas benditas tablas de multiplicar, aunque sinceramente, jamás me las pude aprender. Y cómo iba a hacerlo si ni podía estudiar en mi casa, pues con ese padre y abuelo, no me dejaban ni respirar a gusto.

Todas las actividades en casa me robaban tiempo, las odiaba a la hora de la evaluación, cuando eran los maestros a quienes no les importaban tus obligaciones en casa sino los deberes de la escuela. No obstante, al final del ciclo escolar, el examen definía tu aprendizaje; todas esas preguntas realmente me hacían dudar de mis conocimientos. Para ser honestos, no recordaba otra cosa que no fueran las letras de mi nombre completo y leer una y

otra vez la misma pregunta, contestando así, con un “Ave María dame puntería”.

Recuerdo la carta de buena conducta, bendita carta, ésta jamás llegó a manos de mis padres limpia. Realmente era horrible cuando mi madre la veía, yo sólo observaba su cara de vergüenza por todo lo que los maestros le inventaban; la verdad, yo sólo decía eso con la finalidad de evitar aquel regaño acompañado de golpes por parte de mi padre.

Alucinante es recordar tantas cosas vividas en ese entonces. A pesar de los golpes o lo difícil que era poder asistir a diario a clases, siempre lo realizaba de forma alegre, siendo mi escuela uno de mis lugares favoritos para aprender. Era grande, bueno así la veía yo, con salones muy bonitos, contaba con un patio muy amplio para jugar fútbol y competir con otros compañeros.

También siento tristeza al recordar algunos sucesos. Por ejemplo, cuando asistía a la escuela sólo con lo básico: un lápiz, un par de cuadernos y mis libros, los cuales eran regalados por el gobierno. Tales materiales los llevaba en ese lindo pedazo de tela realizado por mi madre, lo llamaba mochila. Cosas que sin duda dejaron huella en mí, por el simple hecho de pensar los miles de sacrificios para yo poder cursar la primaria.

Mi escuela en ciertas ocasiones parecía cárcel. Todos éramos muy problemáticos y por todo nos peleábamos, incluso si un lápiz se perdía, al otro día era la mamá del niño que extravió ese útil escolar la primera en llegar al salón a echar bronca por el mismo; locamente, en ciertas

ocasiones, ahí se encontraba mi madre como las demás, ya sea para reclamar o dar la cara al tener yo aquel objeto.

Caminaba 15 minutos para llegar a mi escuela por las mañanas y por las tardes a mi casa. Es el tiempo más bello que puedo recordar. Iba jugando con todo lo que me encontraba en el camino y en ciertas ocasiones coincidía con otros niños en el transcurso, más a mi favor, ya que se me hacía más corto el trayecto, muchísimo más corto que cuando iba solo.

Siendo sinceros, recordar es volver a vivir, tanto los momentos malos como los buenos. Creo que cada una de las experiencias vividas hacen a una persona, esto con base en la forma de ser educado. Cada paso dado lleva consigo una huella marcada en el lugar andado, es por ello que del tiempo y de esta bella escuela, aprendí a aprender de la vida.

DAME ALAS PARA RECORDAR: EMILIO

Maria Luisa Avendaño Hernández

Una noche de abril de 1969, en una de las comunidades de Jilotepec, específicamente en Huertas, nací en la casa de mis padres, hijo de Gudelia y Luis. Quién iba a pensar que yo, Emilio, uno de los menores de 8 hermanos, cambiaría la vida de muchos, en especial, la de mis padres.

De chico tenía gestos particulares. Una hermosa sonrisa como la de mi padre. Mi inteligencia para resolver problemas era lo que me caracterizaba como una persona única y especial. Con buena actitud ante cualquier situación. Siempre fui un niño bueno, respetuoso, amable y cariñoso.

Mi infancia estuvo llena de momentos felices y tristes, en especial cuando entré a la primaria “Niños Héroe de Chapultepec”. El primer día de clases, al llegar a la reja, mi ser experimentó diferentes sentimientos, tenía nervios por conocer a mi primera maestra, imaginándola alta, bonita y muy amable; y a mis compañeros, pensando que serían de mi misma edad, tranquilos y algunos traviesos como yo.

La escuela era pequeña pero muy bella, sólo había dos salones, el patio era bastante deslucido pero eso bastaba para jugar y crear historias de dragones, luchas y sueños que algún día serían cumplidos, con paredes que guardan momentos de felicidad, tristeza, preocupación, regaños y felicitaciones, además de alumnos con el deseo de aprender y conocer nuevas cosas. El horario era eterno, culminar

ocho horas diarias se convirtió en un reto, entre risas y regaños que hacían más ameno el día.

Una libreta pequeña con pastas decoradas de mi personaje favorito y una bolsa de plástico eran mis aliados para entrar a clase; no tenía mochila sino más bien un costalito cocido por mi madre para mis pocos útiles, pues el escaso dinero no alcanzaba para darse lujos. Eso sí, las cooperaciones voluntarias para arreglar la escuela o cualquier otra situación fueron pagadas con el arduo trabajo de mi papá, no existió queja de ello durante mi estancia en la primaria.

Diferentes maestros conocieron mi infancia durante seis años, orientando mi camino para adquirir aprendizaje día con día. Unos apasionados por su trabajo, el resto cumplía con su deber. Sus herramientas para el silencio: un gis y un borrador, los cuales fungían como misiles aterrizando en la cabeza de cualquiera que distrajera al resto del grupo.

Sus métodos de enseñanza se basaban en crear conciencia para tratar a todas las personas con respeto, uno de los valores fundamentales al dirigirse a los mayores. En aquel tiempo, los grandes eran autoridad ante los ojos de nosotros los pequeños, no podíamos levantarles la voz e incluso hablarles de tú, si se hacía, era considerado una ofensa.

Recuerdo con emoción que empecé a leer y escribir lo mucho o poco estudiado en el salón de clases, pues con un pizarrón viejo y maltratado la maestra le daba vida a cada tema. Las operaciones básicas se me dificultaban mucho, pero siempre la profesora buscaba la manera de enseñarnos.

Además, con el paso del tiempo podía ir a comprar yo solo mis cosas o hacerle pequeños mandados a mi mamá, utilizando lo aprendido en cualquier momento.

Cada día era una oportunidad para aprender sin importar las condiciones del clima, actitudes o materiales. La lluvia fungía como representación del ciclo del agua, los estados de ánimo de la profesora de cuarto grado me hacían reflexionar sobre los momentos buenos y malos en nuestra vida, las piedras y hojas eran nuestros aliados en batallas para elegir al ganador de las actividades, porque sí, las maestras buscaban cualquier pretexto utilizándolo a su favor para enseñar con el corazón y dedicación.

Lo malo de regresar a casa después de clases era la tarea, excepto los días viernes, pues era fin de semana y la maestra dejaba que disfrutáramos con nuestra familia. El resto de los días llegaba con mis papás, ayudaba a sacar las borregas al llano para que comieran. Podía llevarme mis apuntes para estudiar durante la tarde; la soledad y el cantar de los pájaros me ayudaban a concentrarme. Al día siguiente la docente siempre revisaba la tarea preguntando qué habíamos hecho y cómo, para saber si realmente era elaborada por nosotros.

Mi actitud fue positiva y siempre con la mejor sonrisa ante todo, hasta en las evaluaciones, donde citaban a los papás para darles nuestra calificación, explicándole a mi mamá con un nudo en la garganta el seis en mi boleta. Bien sabía lo que me esperaba en casa, una golpiza con el cinturón de papá, sí, dolían los golpes, pero así era la educación en aquel tiempo.

Al día siguiente regresaba a la escuela con pocas ganas de entrar a clases, sin almuerzo ni libreta para mis apuntes, en ocasiones, cuando la maestra se percataba de mi actitud, se acercaba para darme ánimos y motivarme a entrar al salón, algunas veces con tono de voz delicado o suave, otras tantas con voz gruesa y enojada, no importaba, al final siempre entraba a clase.

De esta forma continué mis estudios, mi papá y mi mamá me dieron el apoyo económico necesario para culminar la educación primaria. Valoré cada esfuerzo, procuré mejorar mis actitudes con el paso del tiempo, sí, es agradable recordar que gracias a cada golpe de mis padres, regaños y felicitaciones de mis maestros, hoy soy una buena persona, agradecida por lo otorgado y compartido.

LA EDUCACIÓN DE CHIVIS

Miguel Martínez Ordoñez

Una noche fría de invierno, el 31 de diciembre de 1989, en tierras del hermoso Estado de México, en el municipio pintoresco y tranquilo de Chapa de Mota, en un pequeño pueblo llamado La Ladera, en una casa humilde, nació Silvia.

Su infancia fue parecida a la de otros niños, salía a jugar, reír y divertirse con sus amigos realizando diferentes juegos o utilizando juguetes elaborados por sus padres, pero también tenía responsabilidades como: ayudar a su madre en la cocina, hacer quehaceres en casa como barrer, lavar, atender a su padres y hermanos, además de salir a cuidar borregas por la tardes para cooperar en la actividad que daba sustento a la familia.

El tiempo pasaba, la pequeña crecía, por tanto tenía que ir a la escuela. Quién iba a pensar que “Chivis”, como le decían sus padres y hermanos de cariño, tendría la oportunidad de ir a la primaria y ser la primera mujer de la familia en estudiar; pero esto sólo era el comienzo de su superación.

Ingresar a la escuela fue un reto que decidió tomar; provenía de una familia de bajos recursos, sus padres no tenían el dinero suficiente para mandarla y con ello comprarle los útiles necesarios, decían que la prioridad eran

sus hermanos, pero el gusto y el deseo de salir adelante fueron los motivos de empezar la aventura.

Con una sonrisa en el rostro, los ojos azules como el mar y esa costumbre de hacer reír a las personas con sus bromas y chistes que la caracterizaba como una persona especial, además de la emoción y nerviosismo que la mayoría de los niños sienten al ingresar a la escuela por primera vez, manifestado en ese revoloteo de mariposas en el estómago por saber quiénes serían sus compañeros de clase y conocer a su maestro o maestra, se dirigió a la primaria.

El primer día de clases llegó. Los nervios se apoderaron de Chivis, la emoción se notaba en sus ojos y en la prisa de su andar a fin de arribar a la escuela con sus hermanos. La hora de entrada se dio, ahí estaba Silvia, en aquella escuela sin una barda perimetral que la delimitara, con tan solo tres salones donde se impartían las clases, pero aun así, la sentía enorme, igual que sus ganas de estudiar, en aquel patio más grande que sus pies, pero pequeño en comparación a su emoción por la nueva etapa en su vida.

El salón era inmenso, con bancas, un pizarrón grande de color verde donde sólo se podía escribir con gis, el cual podía convertirse en proyectil para los alumnos que se portaban mal durante las clases. Los materiales eran pocos y en muchas ocasiones se tenía que compartir con otros compañeros. Las ganas de estudiar estaban presentes en Silvia.

El primer día de clases superó las expectativas de aquella pequeña niña, fue el doble de emocionante. Conocer nuevas personas, compartir con otros las bancas de madera,

el jugar durante el recreo a la comidita con tierra y lodo, tener una familia de mentira, lo hacía más emocionante y lleno de risas para Chivis. Pero las responsabilidades seguían, posteriormente volvía a su hogar junto con sus hermanos, ayudaba a los quehaceres y luego salía a pastorear las ovejas durante dos o tres horas continuas, después regresaba a su casa a realizar tarea para entregar en la escuela al día siguiente.

Chivis crecía y los años en la escuela trascurrían junto con ella. Los maestros eran diferentes, no siempre era divertido ir a la escuela; en muchas ocasiones las burlas de sus compañeros por el gusto al deporte, en particular del basquetbol, voleibol y el futbol, la desanimaban, pero como toda niña que tenía hermanos mayores, las peleas por defenderla estuvieron a la orden del día, así como también las llamadas a la dirección, los regaños por parte de sus padres y maestros a causa de las riñas, pues eso no era lo correcto para una señorita. Se hacía acreedora de castigos como no disfrutar del recreo para jugar con sus amigos o salir hasta las cuatro de la tarde cuando la salida era a las 2 p.m.

Pero esto sólo le daba más impulso para seguir sus gustos, por lo que decidió inscribirse en el equipo de voleibol de la escuela con la ilusión de tener la oportunidad de salir a diferentes torneos. No obstante, nunca tuvo ocasión de asistir debido a la falta de economía en su hogar, pero en los juegos institucionales siempre estuvo presente y trataba de dar lo mejor de ella en cada partido.

Se terminaba una etapa en la educación de Silvia y un gran cambio ocurría. Los esfuerzos se tenían que duplicar, sus padres sólo le daban la oportunidad de estudiar la educación primaria. Ellos consideraban que la mujer debía permanecer en la casa haciendo los quehaceres además de atender a los hombres, pero ella logró superar aquellas costumbres y tuvo la oportunidad de asistir a la secundaria hasta la cabecera municipal de Chapa de Mota.

La secundaria para Silvia fue una época de cambios, no sólo físicos sino también en el ámbito escolar, pues conforme pasaban los grados las materias se dificultaban y los maestros eran cada vez más estrictos; además de la larga caminata, tener que cargar con una máquina de escribir para poder ingresar al taller de mecanografía con el profesor más severo de toda la escuela, pero gracias a él desarrolló con gran facilidad sus habilidades de escritura en la máquina de escribir.

Debido a su dedicación y ganas por estudiar logró que sus padres la apoyaran con sus estudios de educación media superior; ingresó al Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios Núm. 180, en esta institución cursó la carrera técnica en Administración, con el apoyo económico de sus padres para poder cubrir los gastos de transporte e inscripciones. Tiempo más tarde se graduó y comenzó con un trabajo formal.

Ahora Silvia es una excelente enfermera, apasionada por su labor de cuidar la salud de las personas, pero también es una excelente madre que está pendiente de su familia, siempre buscando lo mejor para ellos y que logren todas sus

metas, tanto en lo personal como en lo educativo. Dándoles todas las oportunidades que sus padres no le pudieron ofrecer.

LA VIDA ESTUDIANTIL DE ENEDINA

Diana Martínez Reyes

Durante mi viaje a la Ciudad de México las horas parecían ser más largas, mi llanto más profundo y mi depresión cada vez más fuerte al enfrentar el hecho de separarme de mis padres y hermanos, así como también alejarme de mi pueblo natal. Cuando llegué, conforme trascurrían los días, a veces soleados, nublados o lluviosos, parecía siempre ser un encierro y rutina en casa de mis tías, pues mi papel dentro de su hogar estaba lleno de responsabilidades y trabajos. Era poco el tiempo brindado a otras cosas, como la convivencia en familia.

Dado el motivo de mi viaje, días posteriores a mi profunda tristeza, ingresé a la escuela primaria “Diego Rivera”, ubicada en Miguel Ángel de Quevedo, Coyoacán, México. Mi estancia en ella marcó mi vida; la mayoría de momentos buenos fueron un refugio para todos los sentimientos negativos que guardaba en mi ser. Las risas, los compañeros, las clases, los amigos, los maestros y los salones hicieron de mi época escolar la más bella, pues no tuve mayor problema durante su transcurso.

La escuela estaba cerca del lugar donde yo vivía, no era fea. Tenía un jardín muy grande el cual abarcaba coloridos huertos elaborados por los mismos alumnos; árboles grandes y frondosos que nos cubrían del sol al tomar el refrigerio; la adornaban preciosos murales con diversidad de

colores y trazos. No corríamos peligro aquí, aun siendo de dos plantas y con tantos alumnos. Nos protegía una barda perimetral de los riegos de afuera.

Durante los 6 años en esa escuela, conocí y conviví un poco con cada uno de los 14 maestros, en su mayoría maestras. Quien dirigía y comandaba en ella era la Directora. La maestra Lorena, una joven con carisma, estricta pero con amor para todos sus alumnos, siempre fue alguien especial para mí, fue mi primera maestra, me sentía abrigada e identificada con ella pues compartíamos circunstancias comunes, una de ellas, ser de provincia y además, carecer de varias cosas en el pueblo. El cariño por ella jamás lo olvidaré.

Transcurrieron los años y recordar a mis maestros hace que los sentimientos afloren. Tengo presente a mi maestra Lupita, de cuarto y quinto grados, era una persona a quien no le había sido posible tener hijos; sin embargo, tenía una sobrina a la que trataba y quería como hija y ella era una verdadera amiga para mí. Al final de cada clase me invitaba a pasar la tarde en un jardín de juegos en su casa, fueron pocas las veces cuando mi cara se llenó de emoción y alegría al recibir la autorización de mi tía para ir con ella.

En el carrusel que había en el centro del jardín se quedaron grabados momentos únicos, llenos de sonrisas y de diversión. Me sentía como en un cuento al entrar al castillo de juguete que mi amiga tenía. Fueron tan gratos los momentos compartidos con ambas, me sentí querida y apapachada por la maestra, aunque en la escuela nunca tuvo

consideraciones conmigo o un trato diferente al del resto de mis compañeros.

Recuerdo bien cuando toda la escuela salimos de excursión a Chapultepec, fue difícil conseguir el permiso para ir, no obstante, pude hacerlo. Al llegar nos separaron en grupos de 8 personas, el sol apenas comenzaba a calentarse cuando resbalé y caí al terreno donde los militares practicaban a caballo. Lamento tanto mi caída, lo recuerdo con frustración y desesperación; fue muy duro, terrible llegar al hogar de mis tías con las rodillas y piernas sangradas, la cara raspada, pero sin ningún hueso roto. La preocupación de mi maestra y la mía invadieron mi cuerpo al llegar a casa, no puedo recordar con certeza qué pasó después de meterme a mi cuarto y quedarme dormida del dolor.

Al recordar, siento que transcurrieron muy rápido los años de mi época escolar. Durante el penúltimo año mi salón estuvo conformado por 25 alumnos, yo nunca conocí a alguien tan inquieto como Martín, mi compañero de clases, un niño grosero, *molestón* y desagradable que en sus tantas travesuras me encajó un lápiz en la mano. En mis cinco horas diarias de escuela no pensé llegar a aborrecer tanto a alguno de mis compañeros como a él.

A las ocho de la mañana, como de costumbre la hora de entrada a la escuela, la maestra comenzaba la clase organizándonos de tal manera que nos pudiera visualizar a todos. Las láminas de los temas, las cartulinas, las tijeras, los lápices y el periódico eran herramientas brillantes, las cuales nos permitieron construir cuantiosos aprendizajes en

cada clase. Yo hubiese querido tener muchos materiales como los de ahora, tan bonitos, tan únicos y diferentes.

Mi maestra llevaba pesados libros para leer y recortar, mapamundi, cromos que nos permitían apreciar imágenes en tamaño más grande, dibujos o posters. De acuerdo a tu comportamiento y cuidado hacia ellos, te tocaba verlos antes o utilizarlos durante toda la clase con compañeros de equipo o de banca. Que magnífico tener una maestra como la mía, pocos llevaban materiales para trabajar con sus alumnos. Cantidad de imágenes de libros transitan por mis recuerdos, además de los de las asignaturas de Español, Ciencias Naturales, Geografía, Matemáticas, Dibujo y Taller de huerto, mi escuela contaba con muchas más obras para leer, investigar y observar.

A unas cuadas de mi escuela había una tienda donde vendían varias cosas, en ella podíamos encontrar objetos que nos pedían en la escuela. Para mí era un poco difícil obtenerlos, pues el dinero dado por mi tía no era suficiente para comprar lo requerido. Algunas veces llevé conmigo leche y limón para poder aprender a hacer queso, o también madera para hacer cuadros o marcos. En ocasiones compartíamos los materiales debido a lo complicado de comprar todo y cuando se podía, también los llegamos a reciclar.

De aquellos días hasta ahora las cosas se ven diferentes, en mi memoria veo las clases del taller bajo el huerto, donde juntos y muy motivados cultivábamos y aprendíamos a plantar y producir alimentos a partir de semillas como rábanos, zanahorias, jitomates y en ocasiones, hasta árboles

frutales. Que buen sabor de boca me trae recordar el final de cada bimestre con una rica ensalada preparada con las verduras y frutas producidas por nosotros mismos.

Ahora que pienso en mis días de clase, vienen a mi memoria los pocos ratos y tiempos para jugar. Teníamos nuestro receso de 30 minutos y mi maestra siempre hacía hincapié en utilizarlo para comer, lavarnos los dientes, las manos e ir al baño, puesto que las salidas al sanitario eran muy restringidas; en ocasiones sólo una vez en todo el día.

Gustosa pienso en las risas con mis amigas en pequeños momentos jugando al avión, stop, la gallinita ciega o en los pocos columpios de la escuela. Que decir de mis compañeros del salón de clases, con quien compartí y viví tantas experiencias; no sé de qué dependió tanto nuestra convivencia, pero la variación de edades por uno o dos años fue un motivo para no llevarnos bien con un compañero, nos alejaba con sus tratos toscos y agresivos.

Estaba casi por terminar la primaria y en uno de los tantos momentos que ahí pasé, pienso en los castigos de los cuales me libré. Muy pocos llegué a ver, creo uno de los más grandes fue que mis compañeros se quedaran parados en la puerta del salón o leer por mucho más tiempo. Pobre de mi amigo, ahí le tocó estar.

A mis papitos, a quienes extrañé durante toda mi estancia en la ciudad, satisfactoriamente les entregué mi boleta de calificaciones, estaba firmada por mi maestra y mi tía, como siempre lo fue con las buenas notas. Después de tiempo comprendí la importancia que mis padres le daban a mi educación, pues la situación vivida no era la mejor, dado

la carencia de los maestros en las escuelas cercanas a mi pueblo. Con desconsuelo pienso en la falta que hicieron mis padres en mi acompañamiento escolar, hubiese querido escuchar un –Hija, ya levántate-, –Hija, te planché el uniforme-, pero no fue así.

Sin embargo, la preocupación de ellos por mí fue tan grade: se esforzaban trabajando en el campo hasta juntar dinero y mandarles a mis tías para cubrir un poco de los gastos y yo poder estudiar. Mucho aprendí en el transcurso de mi primaria, como dice aquel dicho: “Todo esfuerzo tiene su recompensa”, me esforcé, sufriendo pero también disfrutando. Ahora comprendo lo ganado con todo esto.

CAMINANDO ENTRE RECUERDOS: UN BELLO REENCUENTRO CON MI EDUCACIÓN INFANTIL

Maytte Estrada Monroy

Cuando era estudiante, hace más de 50 años, disfrutaba en mi pueblito, un lugar con mucha naturaleza: árboles, plantas, cerros, montañas y caminos; con el sol brillante y el cielo azul claro. Un sitio especial donde se respira aire fresco que da mucho placer; por las calles diariamente una fina y fresca brisa se hacía sentir y con ello, el día no podía ser mejor.

Mi casa era pequeña, de piedra, con todos los pisos de madera y el techo de teja; era luminosa, acogedora, agradable para estar y descansar todos los días en ella, tranquila y llena de recuerdos maravillosos con mi familia. Está justo en el centro del pueblo y al situarse precisamente ahí, me permitía desplazarme rápidamente a cualquier lado.

Uno de esos días, uno de los más calurosos del año, sin ninguna nube que se asomara para opacar el paisaje, asistí por primera vez a la escuela primaria, en aquel entonces ubicada en el centro del municipio. Estaba algo nervioso y entusiasmado, cerraba los ojos y los abría tratando de convencerme a mí mismo que no era un sueño, sino una realidad.

La escuela me provocaba un mundo de emociones. Estar ahí, acompañado por mi padre, impulsor de mi educación,

quien siempre decía que si estudiábamos podíamos salir adelante, era para mí una motivación. En aquel lugar había muchos salones: tres de cada grado, “A” los buenos, “B” los “maletas” y “C” los malitos que repetían el grado; categorizándonos así por la competencia que existía entre unos y otros.

Asistía a la escuela en un horario de nueve de la mañana a dos de la tarde, de lunes a viernes y en ocasiones, también en algunos días especiales (desfiles o algún otro evento), por ello diariamente me levantaba a las cinco de la mañana. Antes de irme a la escuela tenía que pastorear las vacas, después ordeñarlas y sacar leche para el desayuno.

Teníamos que llegar puntualmente a la institución porque si cerraban la reja de la escuela nos tocaban fuertes castigos: limpiar la escuela o los sanitarios; por ello, del camino de mi casa al colegio, nos apurábamos mis compañeros y yo a jugar fútbol o a hacer concursos, durante el tiempo de lluvia, de barquitos en los charquitos, antes de la hora de entrada.

Al llegar a la escuela ingresábamos cada quien a nuestra aula de clases, un lugar amplio y cómodo, en ella se encontraban únicamente los materiales que el gobierno dotaba cada año (dosificando su uso y de esta manera alcanzaran para todo el ciclo escolar), además de los solicitados como herramientas de trabajo, tales como: goma, lápiz, pegamento, cuadernos italianos o franceses porque no existían los profesionales. Personalmente los dividía en dos, un lado para escribir trabajos y otro para tareas, a fin de tener un control.

El aprendizaje en mi escuela era por memorización, no existía explicación alguna, era cuestión de “lo que decía el maestro era el conocimiento y la propia verdad”. Teníamos que aprender cuando el maestro daba la clase, de no ser así se remitía a métodos estrictos: varazos para memorizar el conocimiento, exceso de ejercicios y exhibirnos en público. Entre los métodos más utilizados para la disciplina se destacaban: aventar el borrador hacia la cabeza de quien no prestaba atención, quedarse sin recreo y acusarnos con los papás para que nos dieran una “tunda” frente a la maestra.

Los maestros que me daban clases no eran docentes de carrera, generalmente eran profesores por experiencia propia y por la cantidad de años que tenían. Dominaban el conocimiento pero no poseían formas de enseñanza al no contar con la pedagogía, por eso eran llamados “profes”, con quienes la convivencia era buena pues existía la posibilidad de aprender.

En esa época nos enseñaban baile, canto, danza, juegos y teatro, lo que me llevó a tener entusiasmo para obtener conocimiento para la vida diaria y cada día ser mejor en las clases, las cuales eran llamadas asignaturas, tenía: Lengua Nacional, Matemáticas, Ciencias Naturales y Ciencias Sociales, Geografía, Historia, Educación Artística, Tecnológica y Deportiva.

De las clases, los conocimientos más significativos que recuerdo fueron: aprender a leer y escribir, imaginar algunos cuentos me fascinaba, recreando en mi mente un mundo de fantasía, resolver operaciones matemáticas y experimentar con diversos materiales a mi alcance; siendo

la actividad más impactante en mi formación: la lectura de corrido. El alumno que leyera más de 400 palabras por minuto era el más inteligente de todos, eso me motivaba a echarle ganas a mis trabajos y tareas para poder destacar entre los mejores.

Las tareas que nos dejaban eran de mecanización, debíamos reforzar y aprender lo visto en clase, como sumar, restar, multiplicar, dividir o realizar una raíz cuadrada. Algunas veces mi padre podía ayudarme a realizarlas gracias a la experiencia obtenida y desde mi visión, servía como motivación y herramienta para toda la vida.

También mi padre nos motivaba mediante incentivos, es decir, nos regalaba \$1.00 si contestábamos alguna de las preguntas que nos hacía referente a lo visto en clase. En lo personal lo guardaba como un tesoro para poder gastarlo adecuadamente en la institución, nos alcanzaba para toda la semana. Considero era una manera de estudiar y echarle ganas a la escuela.

Uno de los recuerdos más importantes vividos en mi estancia en la primaria fue con el maestro de matemáticas. Un día nos dejó aprendernos las tablas de multiplicar, uno de mis compañeros sabía que no se las aprendería y le tocarían sus varazos, por ello se colocó el libro de aritmética, el cual era un poco grueso, en las “sentaderas”. Entonces, cuando pasó y no supo decir las tablas, el maestro le dio un varazo, luego uno más y así hasta que empezó a escuchar el sonido un poco raro, le preguntó: ¿Qué traes en las sentaderas?, el compañero no supo responder y se dio

cuenta del libro, lo cual provocó maltrato, insultos, hasta dejarlo encerrado.

De la misma manera recuerdo mucho a un compañero, al cual aprecio hasta la fecha, pues seguimos siendo muy cercanos, siempre pasábamos el año juntos, uno tras otro hasta terminar la primaria, personalmente considero que nuestra amistad se fue fortaleciendo. Siempre me compartía de su almuerzo, consistía en frutas, pues su papá se dedicaba a la venta de frutas y verduras.

Y allí estaba yo, luchando por mis sueños, esmerándome en cada una de las cosas realizadas en la institución, porque así fue mi educación. Me gustó mucho asistir a la escuela, trataba de no perder el “hilo” de lo que me estaban enseñando para poder aprender de la mejor manera posible, soñando con tener una carrera y así tener un buen futuro, ayudando a mis padres tal como ellos lo estaban haciendo conmigo al darme la oportunidad de estudiar y ser alguien en la vida.

UNA MIRADA A LA EDUCACIÓN DE HACE MÁS DE 50 AÑOS

Briseida Garcia Osornio

Nací el 20 de febrero de 1942, durante mi infancia carecí de muchas cosas, pero aun así, mis padres me brindaron lo que estaba a su alcance para poder salir adelante. Eran días felices: el poder estar con las personas que más quería, mirar el amanecer y atardecer en el pueblo de San Francisco, Soyaniquilpan. Durante esta etapa asistí a la primaria “Dr. Gustavo Baz Prada” ubicada en mi pueblo natal, los recuerdos que vienen a mi mente en ocasiones suelen ser muy tristes, pero también hay otros alegres, pues viví momentos inolvidables con mis amigos y profesores.

En aquel entonces los maestros de la primaria eran bien regañones y enojones ¡la verdad no nos explicaban!, siempre nos dejaban adentro del salón de clase como si no existiéramos. Yo ya sabía... entrar a la escuela era para hacer planas y planas de ejercicios, mientras ellos se la pasaban bien a gusto platicando.

De su parte jamás existió una explicación de cómo se debían realizar las cosas o el porqué de las actividades, muchos de mis compañeros, incluyéndome, no sabíamos sumar, restar, multiplicar o dividir y esto, debido a mis maestros, pues no se interesaban por enseñarnos. Yo aprendí a sumar y restar gracias a las labores que desempeñaba cuando estaba con mi padre. ¡Sí!, cuando le

ayudaba a contar costales de maíz, a sembrar la tierra, cuidar vacas, prácticamente trabajando en el campo, sí señores.... desgranar y moler el maíz para poder llevarse un taco a la boca.

La verdad, no le echo la culpa a los maestros, pues en aquellos tiempos no había dinero para una buena educación. La vida no era nada fácil, imagínense... era una escuela muy humilde; me daban clases junto a mis compañeros, pues no había una división, de esta manera no ponía mucha atención porque escuchaba todo lo que el profesor les enseñaba a los otros alumnos.

Sólo había dos maestros en la escuela y dos salones de teja, su piso estaba conformado por cuadros de ladrillos, un material muy corriente que se iba descrapelando. En un salón juntaban a los niños de primero y segundo grado, en el otro a los de tercero y cuarto. Al salir de los salones había un campo muy grande en donde podía ir a jugar, por cierto... no había baños; tenía que salir corriendo a esconderme entre las nopaleras.

Mis maestros no pedían lista de útiles escolares, los únicos materiales para asistir a la escuela eran un lápiz, una libreta y mi libro de texto que me había dado el gobierno. Durante todos los años en educación primaria se utilizaba el mismo libro de texto en donde venía una muchacha con la bandera de México. En ellos me enseñé a leer y escribir, pues venían las vocales y debíamos estudiar en casa para reforzar nuestro aprendizaje.

Los profesores me ponían a identificar las letras. Antes se escribía muy bonito pues se acostumbraba letra de molde

manuscrita, pero si no la hacías correctamente, entonces debías volver a repetirla hasta que te quedara exactamente como se había solicitado.

La relación entre maestro - alumno se generaba dentro de un ambiente agradable. A pesar de todo, me enseñaron a leer y escribir, pero ¿qué creen?, me castigaban por no llevar la tarea, porque ésta estaba mal o bien por llegar tarde. Ponían sus propias sanciones, recuerdo muy bien dos de ellas: me sentaban en una piedra de hormiguero a trabajar durante todo el día y me pegaban con una vara cuando no hacía lo correcto.

Otra de las causas por las que me alzaban la mano era porque me llegaba a pelear con mis compañeros dentro del salón, casi nunca existían peleas, pero cuando se trataba de una muchacha, muchos compañeros, incluyéndome, comenzábamos a tener problemas.

Mi más grande desafío fue poder cumplir en la escuela y en la casa, pues aunque contaba con el apoyo de mis papás para asistir a la institución, no era al cien por ciento, debido a mis tareas extraescolares, como echarle de comer a las vacas, gallinas y pollos; había veces que sólo asistía dos o tres días.

Y si de hacer la tarea se trataba debía apurarme a realizarla: copiar diferentes textos del libro no se me hacía tan complicado, pero a veces se me olvidaba la página; cuando no sabía cómo hacer la letra, colocaba la hoja de mi libreta encima de mi libro y de esa manera iba copiando el texto.

Además, no había iluminación. Si por alguna razón se me hacía tarde y no terminaba la tarea, existía un aparato de petróleo donde metíamos un cacho de pantalón de mezclilla, el cual se iba quemando para tener un poco de luz, pero creaba mucha humareda, al otro día amanecías con la nariz negra del humo.

Yo vivía entre dos predicamentos, por un lado, mis papás me mandaban a la escuela y me decían: te me vas y regresas rápido porque después de eso tienes muchas cosas por hacer. Yo siempre les decía muy angustiado: papá no tengo lápiz, no tengo libreta; y saben lo que me contestaba: ¡pues no sé cómo le vas a hacer, pero quiero que te vayas a la escuela y aprendas, siquiera a escribir tu nombre!, no tenía de otra, me iba.

Al llegar a la institución me encontraba con el segundo predicamento: el maestro me castigaba porque llevaba un lápiz muy pequeño con el cual sería imposible escribir, que mejor me regresara a mi casa a ayudarles a mis padres en las labores del campo, pues en eso sí era bueno.

Yo asistía a la escuela en dos turnos: entraba a las nueve de la mañana y salía a las dos de la tarde, me iba a mi casa a comer, regresaba a las tres de la tarde y salía hasta las seis. En realidad, iba entrando al salón de clase a las 9.30 a.m., pues antes de irme debía dejar el ganado en la milpa, en donde ya me estaba esperando un cuidador, para posteriormente correr a la escuela. Casi siempre me encontraba en el camino con mis compañeros vecinos de la colonia, andábamos juntos durante quince minutos para

llegar a la institución; llegábamos muy cansados y de regreso era lo mismo.

No existía un uniforme como tal para asistir a la escuela, llevaba mi ropa ya muy viejita por el uso que le daba, era muy humilde, eso me enseñó a valorar más las cosas y a crecer como persona. Mis zapatos estaban rotos de tanto caminar y mis pantalones tenían parches por todos lados.

Asistía a la escuela pero con mucha hambre, lo que decían los maestros, me impedía poner atención en sus clases. Y cómo querían que pusiera atención si en varias ocasiones sólo estaba pensando en la hora de poder comer algo, casi no cenaba, ya que la economía de mis padres era baja.

Mi desayuno era un jarro de té, agua hervida, una tortilla con sal o bien un atole, pero ese atole estaba hecho con agua de la masa donde mi madre se lavaba las manos cuando hacía las tortillas. Aún recuerdo esa carita de amor que ponía mi mamá al ver a sus hijos comer.

En aquel entonces no se contaba con servicios asistenciales, sólo había una tienda afuera de la escuela que vendía galletas de animalito y chicles, rara vez iba a comprar un dulce pues mis padres me mandaban sin dinero, pero cuando llevaba algo, mis maestros no me dejaban salir a comprar hasta terminar las clases.

El día que iba por unas galletas de animalitos era el niño más feliz, sin embargo, estaba consciente de que sólo era de vez en cuando, pues mis papás no contaban con dinero suficiente y yo tenía 7 hermanos, todos asistiendo a la escuela, por lo tanto los gastos se iban incrementando.

Sin duda alguna puedo decir: el poco tiempo que fui a la primaria mis maestros me enseñaron a leer y escribir, mis padres a valorar lo mucho o poco que en ese entonces teníamos para poder sobrevivir. La vida de antes era muy triste y se sufría mucho, pero a mí sí me gustaba asistir a la escuela, aunque fuera sólo algunos días.

Tanto a mí como a mis hermanos, después de un tiempo comenzaron a sacarnos de la escuela, yo recibí la noticia durante mi tercer grado de primaria, me sacaron y me mandaron a trabajar al campo, pues los gastos económicos crecían notablemente y alguien debía ayudarles a trabajar las tierras.

MI MAMÁ: UNA HISTORIA CONTADA

Brenda Hernández Pérez

Una tarde soleada nos encontrábamos mi mamá y yo sentadas, contemplando el bello paisaje debajo de un árbol grande. Le estaba platicando mis recuerdos de cuando iba en la primaria; jugaba con mis amigos arriba de unas grandes rocas que parecían montañas, las cuales se encontraban detrás de la escuela, a un lado de la cancha de futbol, le conté también de mi maestra Carmen a quien recuerdo con mucho aprecio.

Entonces ella recordó sus propios tiempos en la primaria, cuando la escuela era totalmente diferente a como hoy en día se encuentra: sólo tenía 6 salones, no había pizarrones electrónicos, no estaba bardeada con tabiques sino con muchos pinos, había muchas piedras y la mayoría del piso no estaba pavimentado, casi todo era de tierra. No obstante, recuerda, sigue conservando los mismos colores: verde y blanco.

Imaginé la escuela como ella me la contó, casi no había nada en la institución. Me preguntaba ¿Cómo había sido su infancia en la escuela?, decidí preguntarle y ella me respondió: “Recuerdo que fue muy bonita, siempre estaba sonriente, yo era muy inteligente, me gustaba platicar con mis amigas y amigos. En mi salón había compañeros tranquilos, desastrosos y alguno que otro que no hablaba o no jugaba con nadie; no eran groseros o irrespetuosos, eran

muy educados y amables con las niñas, maestras y maestros”. Inmediatamente supuse que los niños no eran como ahora.

Al estar escuchando a mi madre me percaté que estaba muy entusiasmada contándome y preferí no interrumpirla. Siguió hablando de su amiga Ángela, quien vivía muy cerca de la escuela a donde iba, ella también era inteligente y siempre llevaba a mi mamá a su casa a comer en la hora del recreo, pues antes les permitían salir de la institución para ir a la tienda a comprar alimentos y regresar cuando se terminara el receso para poder continuar con las clases.

Mientras veíamos como caían las hojas de los árboles mencionó: “Recuerdo ser una niña feliz y la mayor parte de mi infancia fue muy bonita, antes no existía tanta tecnología como ahora, era más sano todo; sólo me divertía viendo a mis compañeras pelear por un niño”, las dos nos reímos, fue un momento en el que imaginé a aquellas dos niñas peleándose y mi mamá sonriendo, me dijo que el niño no estaba guapo.

Seguíamos sentadas platicando, me comentó sobre sus maestros. Ella recuerda que eran muy buenos profesores, pero muy estrictos. Si no hacían la tarea los dejaban sin recreo, pero eran maestros y maestras responsables, dedicados a su trabajo. Recordó a la maestra Carolina cuando iba en tercer año, era muy buena y guapa, fue quien la enseñó a tejer. “En ocasiones llevaba a su bebé a la escuela, lo tenía en su carriola al lado de su escritorio y nosotras a veces lo entreteníamos, era elegante igual que la maestra” me comentó mi madre.

Aún no obscurecía y me siguió diciendo sobre las tareas que les dejaban los maestros las cuales era realizar planas, copiar lecturas con resúmenes; en Matemáticas hacer cuentas, tablas de multiplicar, sumas, restas, divisiones, resolver problemas; en Español eran enunciados, dictado, dibujar; de Ciencias Naturales investigar en láminas o libros; además estaba la asignatura de Ciencias Sociales. Realizaban exámenes para ver los conocimientos adquiridos a lo largo del ciclo escolar o hacían dictado para mejorar la escritura; los maestros formulaban preguntas como una forma de evaluación.

Vimos que estaba obscureciendo y caminamos un poco, debíamos ir a la tienda a comprar cosas para la cena, pero seguimos conversando sobre su educación, un tema interesante, pues me iba imaginando como eran las cosas según me contaba ella.

Especulé que al ser otros tiempos, los materiales serían diferentes o tal vez no habría una gran variedad de ellos, me comentó que usaban los colores, para ese tiempo los famosos “Mapita”, lápices amarillos como los existentes, se pedían libretas de doscientas hojas para todo el ciclo escolar y algunos libros entregados en la misma escuela; las mochilas eran bolsas de hule, además de algunas cartulinas y juego geométrico. Todo era solicitado por las docentes al principio del año para no pedir más en el transcurso del curso escolar.

Al llegar a la tienda mi mamá hizo las compras para la cena de manera rápida, pues estaba obscureciendo. Al ir de regreso le pregunté sobre los horarios, me mencionó que

eran de ocho de la mañana a una de la tarde, de lunes a viernes, con recreos de 10 a 11 a.m. “Me acuerdo del uniforme color rojo para todos los días, no pedían muchos como ahora, no me gustaba porque estaba feo y muy largo, no era de mi agrado”, dijo.

Hubo un momento de silencio, el cual hizo que viniera a mi mente ¿Qué pensaba entonces de su escuela? Ella, como si adivinara mis pensamientos dijo: “Me gustaba mucho ir a la escuela, a pesar estar lejos de mi casa. Teníamos que caminar mucho, la institución estaba grande. Para mí estaba muy bonita, me gustaba ir a aprender y bueno, agradezco a mis papás por haberme mandado a la escuela y tener maestros responsables que gracias a ellos tuve la oportunidad de aprender a escribir, leer, sumar, restar, conocer los números”.

Al ir caminando por las calles, casi solas y con poca iluminación para llegar a casa, recordé a mis abuelos, preguntándome sobre el apoyo dado a mi mamá para estudiar, pues antes no se brindaba esa ayuda por parte de los padres hacia los hijos, principalmente a las mujeres, ya que estaba presente la idea machista de “la mujer sólo para trabajar en casa y atender al marido”, además de la crisis económica.

Decidí preguntarle, ella contestó: “El apoyo lo tuve durante la primaria, aunque no fue fácil y tampoco difícil, porque antes, desde que entrábamos a la escuela, cuando nos inscribían daban una pequeña cooperación y ya no pedían más dinero. Los maestros no exigían materiales caros, utilizábamos lo que estaba a nuestro alcance. Cuando

había *bailables* se trataba de no gastar mucho, pues eran muy pocos los que podían darse algunos lujitos”.

Llegamos a la casa y mientras le ayudaba a sacar las cosas para realizar la cena, pensé que mis abuelos la apoyaron debido a no requerir gastos excesivos. Me continuó platicando que a pesar de no tener dinero, siempre trataron de apoyarla a ella y a mis tíos, sólo les pedían seguir estudiando y obtener buenas notas.

Lamentablemente ella ya no siguió estudiando porque se le hicieron difíciles algunas materias de la secundaria. Al contrario de sus hermanos menores a ella, los mayores tuvieron que trabajar para poder ayudar a mis abuelos con algunos gastos de la casa y de las escuelas de mis tíos, pues la economía de la familia no era muy buena, además de ser una familia grande, con 12 hijos. Mis abuelos no tenían mucho dinero para darles a todos, por tanto sólo les tocaban cincuenta centavos para gastar.

Mientras mi madre iba preparando la cena, me seguía comentando de mi abuelo, que se dedicaba a la albañilería, y de mi abuela, quien siempre estaba en la casa, esto era común en la mujer. Tener sólo el ingreso económico del hombre de la casa y mantener una familia numerosa, fue la razón para no tener mucho sustento económico.

Después de un tiempo terminó de cocinar y nos subimos a su cuarto a esperar que mi papá llegara de trabajar; mientras tanto, al estar recostadas en su cama me platicó de su infancia fuera de la escuela: “Recuerdo que antes de irme a la escuela desayunaba, me lavaba la cara, me ponía el

uniforme y me iba con mis hermanos caminando, no nos encaminaban nuestros padres, nos íbamos solos”.

“Debíamos levantarnos temprano porque la escuela se encontraba lejos de la casa. Después, cuando regresábamos era muy cansado, porque había días soleados y otros con frío, a veces el clima era impedimento para el traslado pues no teníamos coche”, al escuchar esto me surgieron las siguientes preguntas: ¿y después de la escuela qué hacía en su casa?, ¿mi abuela la ponía a hacer cosas de la casa como lo hace conmigo?; no pensaba en quedarme con la duda, le pregunté y me explicó que cuando regresaban de la escuela, llegaban a comer y después tenían el deber de ayudarle a mi abuela con los quehaceres de la casa, les pedía lavar la ropa de mi abuelo y de mis tíos, trastes, barrer, tender camas, doblar la ropa, atender a los animales que tenían: gallinas, pollos, güilos y caballos.

Me comentó que cuando terminaban de hacer las cosas solicitadas por mi abuela, realizaban su tarea de la escuela y si les daba tiempo podían salir a jugar con sus primos, cerca de un río rodeado de grandes árboles y pasto verde, aunque antes el agua estaba limpia, no como ahora, “ya no sirve”.

Ese era su lugar preferido para ir a jugar pues estaba muy tranquilo y se respiraba un ambiente agradable. Éste se encontraba cerca de la casa de sus primos. Esto me hizo pensar que antes todo era más tranquilo y no había preocupaciones por la inseguridad.

Me estaba agradando oír a mi mamá decir que le gustaba ir a la escuela, sobre todo a aprender, escuchar las

actividades realizadas al llegar a casa y conocer más sobre la educación en aquellos años.

Luego de tanta charla yo sentí una emoción muy bonita, pues había pasado mucho tiempo para contarme cómo fue su vida en la infancia, pero enseguida llegó mi papá, se quitó su uniforme y bajamos a cenar, dando por terminada esta gran conversación.

LA EDUCACIÓN QUE YO RECIBÍ

Laura Flores De Jesus

Mi nombre es Santiago, tengo 60 años, soy padre de 10 hijos, sorprendente ¿no? Mi padre es campesino, mi madre ama de casa, así es, aún viven en la localidad de Las Huertas, Jilotepec, Estado de México, es un lugar muy tranquilo, con muchos árboles y milpas.

Durante mi infancia la mayoría de las personas eran campesinos y se dedicaban a cuidar animales, las mujeres eran amas de casa y los niños, pues los niños ayudaban a cuidar de todo: vacas, gallinas, borregas y también a los hijos de las vecinas, algo muy sencillo pues antes no había carreteras, ni transporte, tampoco carros, por lo que las personas caminaban al pueblo más cercano durante horas para comprar o cumplir con algunas responsabilidades de adultos, por eso nos pedían que cuidáramos de los más pequeños.

Aquí les voy a contar un poco de mi experiencia con la educación. Comenzaremos con la infraestructura de la primera escuela a la que asistí, la cual sólo era un auditorio dividido en tres salones. Tenía un patio amplio, un jardín con muchos árboles en donde nos sentábamos para descansar. Estas instalaciones no fueron permanentes, pues años más adelante, todos los ciudadanos de la comunidad construyeron tres salones para que se impartieran las clases y estuviéramos más cómodos.

La primera escuela a la que asistí sólo atendía los tres primeros grados, contando con un maestro para los tres. Los profesores de antes eran más estrictos que los de ahora, a mí aún me tocó que me dieran un buen castigo con el metro de madera, que te lanzaran un borrador e incluso el gis, pero a pesar de castigar muy fuerte, ellos se las ingeniaban para trabajar con todos nosotros y para que aprendiéramos como querían enseñarnos.

Les voy a contar mi experiencia relacionada con unos pájaros: a mis amigos y a mí se nos ocurrió bajar un nido, para cuando el maestro se dio cuenta los animales ya estaban muertos en el patio; él preguntó quién había sido, uno de mis compañeros, “el chismoso”, le señaló a los culpables, el maestro nos formó con las manos adelante y nos pegó con la vara, incluyendo al chismoso. Eso me sigue causando mucha risa cada que lo recuerdo, porque el que nos delató creyó que a él no le dirían o harían nada.

Durante mi estancia en la escuela, los materiales que nos pedían los maestros eran los básicos, yo llevaba un cuaderno, un lápiz, colores (los cuales me tenían que durar todo el ciclo escolar porque sólo me compraban una caja de colores al año), regla de madera y si les alcanzaba a mis papás, me compraban escuadras, pero en general todos llevábamos solamente una regla; además, los maestros se acoplaban a lo que lleváramos todos los días. Ninguno de mis compañeros llevaba libros forrados con plástico, nosotros utilizábamos el cartón que tenía el cemento, sí, esos de cemento Cruz Azul; ¿mochila?, nadie usaba mochila, todos en la escuela transportaban los libros bajo el brazo, o

en dado caso, que no siempre ocurría, llevábamos una bolsa de plástico, de dos orejas.

Los grupos estaban conformados por alumnos de distintas edades, en su mayoría nos ganaban con tres años. Durante mis estudios en la primaria, algunos padres de familia se interesaban por la educación de sus hijos y los inscribían a la edad que correspondía, otros los inscribían para que no se quedaran “burros”, como decían los padres de antes, por esta razón había de todas las edades. Los grupos eran pequeños, con 12 o 13 alumnos cada uno, además, no todos terminaban, había quien se salía en segundo o simplemente dejaban de ir y no sabíamos más de ellos.

Yo ingresé a primer año de primaria a los 8 años, sin embargo, como mencioné antes, sólo había tres grados en la comunidad, por lo que solamente había pensado terminar hasta tercer grado de primaria, pero no fue así. Cuando mis compañeros y yo concluimos el tercer año, los maestros nos dijeron que podíamos asistir a la escuela que estaba en Jilotepec, la cual nos quedaba a una hora de camino a pie. Lo dudamos mucho porque teníamos que sacrificar algunas cosas y otras las debíamos hacer más temprano para que nos diera tiempo.

Me cambié de escuela a Jilotepec, a la primaria “Lic. Isidro Fabela”, pero allá no duré porque imagínate, desde aquí, de Huertas hasta allá, nada más imagínate, caminando, hasta Jilotepec; y luego en tiempos de agua o de heladas. Esa fue una de las razones por las cuales dejé la escuela: como me iba caminando en esos tiempos de lluvia, mis

zapatos se mojaban, además no eran zapatos nuevos o de mi talla, eran zapatos usados y me quedaban grandes; los demás compañeros me decían mugroso, me agarré a golpes con varios de ellos por eso. Y pues no aguanté mucho, ya después mi mamá me mandaba, pero ya no quise regresar. Quién iba a estar yéndose hasta Jilotepec caminando.

Cuando mi papá trabajaba, él se iba de la casa a las 5:30 o 6:00 de la mañana y quería que yo me fuera con él. Allá llegábamos a las siete de la mañana, muchas veces sin nada en el estómago, porque si querías comer debía ser antes de irte si no, hasta el regreso, a las tres o cuatro de la tarde. Mis horarios aquí en la escuela de Huertas eran de las 9:00 a.m. a las 2:00 p.m. y en Jilotepec entrábamos a las 7:00 a.m. y salíamos a la 1:00 p.m.; si se preguntan por qué llegaba tan tarde de la escuela si salía a la una, es porque me hacía dos o tres horas de regreso a la casa.

En cuanto a las tareas y materias que teníamos eran muy pocas, nos daban Historia, Matemáticas, Español; Ciencias no había, únicamente era lo básico, pero eso sí, bien enseñados.

Pero saben algo, nosotros no sólo íbamos a la escuela como ustedes, también hacíamos tareas en casa. Como mis padres eran campesinos, yo me dedicaba a cuidar borregas en la tarde, segar zacate, limpiar los corrales y juntar leña.

Sé que pueden estarse preguntando si teníamos tareas de la escuela, pues no, a veces no nos dejaban, pero cuando dejaban no siempre las hacía, sí, así como lo leen, no las hacía. No porque no quisiera, sino porque no podía, pues

como las cosas que tenía que hacer al llegar a casa eran tardadas, no me daba tiempo de hacer nada más.

Pero no porque no lleváramos comida no había recreo, sí nos dejaban jugar. El recreo era a la una de la tarde, una hora y ya después nos dejaban ir a las dos. Como ninguno llevaba almuerzo sólo salíamos a jugar al trompo, a las canicas, al yoyo, o simplemente a corretearnos allá en el llano, porque de comer nadie llevaba, y de tomar, íbamos a tomar agua de un pozo. Había uno en medio de la cancha, ibas y tomabas agua y otra vez a jugar, no llevábamos botellas, ni vasos.

Después de todo yo sí quería ir a la escuela, pero a dónde. Si eras de aquí solamente cursabas hasta tercero, si era en Jilotepec tenías que madrugar. Y luego, caminar hasta Jilotepec con mis zapatos de plástico, de tanto andar entre los caminos de tierra llegaba bien enlodado, se burlaban de mí y pues no me gustaba.

LA ESCUELA, MI HISTORIA

Rodrigo Alpizar Montiel

Esta es la historia de un gran hombre llamado Tomás. Todo comenzó en un pueblito del municipio de Soyaniquilpan de Juárez, Estado de México, este pueblo era San Agustín, ahí vivía Tomás. Una mañana muy hermosa, con el sol saliendo detrás de las colinas para hacer un bellissimo y caluroso amanecer, Tomás caminó junto con su hermano por un callejón para llegar hasta la puerta de la escuela, donde él pasaría su primer día de clases.

Tomás, con mucho miedo y sus ojos lagrimeando, llegó a la escuela primaria “Álvaro Obregón”, ahí fue recibido por la Directora, misma que consoló su llanto, le preguntó el motivo de éste para poder encontrarle una solución. La Directora llamó a un par de alumnos de otro grupo y junto con el hermano de Tomás, quien ya tenía amigos, pidió lo llevaran al salón que le había sido asignado.

Al entrar a esa aula, en la cual recibiría clases, comenzó su vida por la educación primaria. La maestra llegó, al verla Tomás moría de miedo por ser tan grande y con un cabello largo como el de su mamá. Comenzó la bienvenida al ciclo escolar, muchos de sus compañeros se encontraban con los ojos llorosos y con temor, igual que él, ante esta nueva etapa.

La maestra trató de consolarlos platicando con ellos sobre su primer día en la primaria, ella les mencionaba la

importancia de comenzar este nuevo nivel educativo. El tiempo pasó y la jornada llegó a su fin. Con gran entusiasmo y relajación Tomás y sus compañeros salieron corriendo en busca de sus familiares que los esperaban en la entrada de la escuela. Recorriendo el mismo callejón y con las mismas personas, el rostro de Tomás había cambiado, los ojos llorosos ahora mostraban alegría en su mirada.

El segundo día comenzaba con el cantar de los gallos y la luz de sol entrando por la ventana. Tomás se levantó para ir a la escuela, se colocó su uniforme, tomó el desayuno que su mamá le había preparado, al salir de su casa una nueva historia empezaba, la escuela lo esperaba.

Al entrar al salón sus compañeros ya estaban dentro, eso lo motivaba cada día, pues la amistad con ellos crecía. La maestra comenzó a ganarse la confianza de sus alumnos, uno de ellos Tomás, a quien ya le había aumentado el gusto por ir a la primaria.

Así transcurrió el tiempo, la profesora con su forma de impartir las clases logró dejar una huella en el alma de cada uno de sus alumnos, en especial en la del gran amigo Tomás, que aun al pasar a otro grado seguía recordándola y mostrando su aprecio al gran trabajo que había realizado.

Los años dentro de la primaria no dejaban de transcurrir. Las historias vividas fueron marcando la vida de Tomás, los grandes maestros y su forma particular de impartir clases lo ayudaban a formarse como la gran persona que debía ser. Los profesores comenzaban a darse cuenta de ese logro en la vida de sus alumnos, ese logro que compartían como

institución, similar al de otras instituciones, las cuales creaban una gran comunidad escolar.

Con el paso de los años Tomás conoció a otro gran docente, la forma de impartir sus clases era muy buena, les permitía a él y sus amigos experimentar por sí mismos, investigar con las herramientas que su contexto les proporcionaba. El maestro, al ver el interés del grupo, con la ayuda de los padres de familia realizaba visitas guiadas a los alrededores de la escuela.

Ese profesor tenía un gran objetivo: lograr aprendizajes para la vida futura; en Tomás lo había logrado, ya que al finalizar el ciclo, pudo usar en su cotidianeidad lo aprendido. Tomás salía a comprar migajas de pan a la tienda y utilizaba las habilidades poseídas para realizar operaciones que le permitían adquirirlas.

El tiempo, como en la vida, no dejaba de trascurrir y el lapso de Tomás en la primaria llegaba a su fin. Grandes aprendizajes y experiencias fueron logrados gracias a los estupendos maestros que acompañaron y guiaron su educación, permitiéndole moderar su conducta y ampliar su conocimiento.

Un día del mes de julio, en los años 60, el ciclo escolar llegaba a su fin. Un grupo de alumnos tenía que abandonar la escuela, en esa ocasión a Tomás y a su grupo de amigos y compañeros se les había terminado su vida académica dentro del plantel “Álvaro Obregón”. Todos listos para un paso más en su formación educativa y así poder seguir obteniendo más conocimientos.

Al salir de la primaria, Tomás disfrutó de sus vacaciones ayudando a su padre y madre en las labores del campo; cuidar de los animales era particularmente la situación que más agradaba a Tomás, pues salía con sus hermanos mayores y con sus demás amigos a hacer las típicas travesuras de la etapa infantil o a gozar de la naturaleza, ya que mientras los animales comían, ellos podían nadar en el río que cruzaba todo el municipio, de oeste a este, el famosísimo río Rosas. Su vida era muy bella, disfrutaba del campo y sus grandes paisajes.

Los días transcurrían y las noches brindaban su oscuridad y tranquilidad a Tomás, hasta una mañana oscura y con mucho frío, en la cual él comenzaba su vida por la educación secundaria. Con mucho sueño, casi dormido, despertó al escuchar los gritos de su madre, se cambió colocándose su uniforme y degustó ese gran desayuno que su mamá le había preparado. Eran las 6:20 de la mañana cuando Tomás salió de su casa muy de prisa, casi corriendo para alcanzar el transporte público que lo llevaría a la escuela, para Tomás era importante tomar ese autobús, pues era la única corrida que pasaba para llegar antes de las 7 a.m. a la escuela y entrar a tiempo.

LOS PASILLOS DE UNA MEMORIA INFANTIL

Maria Isabel Ugalde Espinoza

-Josefita, siéntate bien.

Escuché la voz de la maestra al frente, y es que estoy sentada en una mesa - banco del salón, callada, encorvada, con las manos firmemente sujetadas y la cabeza agachada, permitiendo a mi cabello crear una barrera entre la maestra y yo, además sudando a montones y con los zapatos llenos de tierra.

Es el primer día de clase y no puedo creer el estado en el que me encuentro; el día de inscripciones estaba agradecida de haber alcanzado un lugar en esta escuela, se encuentra a casi dos kilómetros de mi casa, donde para llegar podía apreciar el paisaje por mucho tiempo, pues iba a pie y terminaba muy cansada, razón por la cual ahora estoy muy apenada por mi apariencia.

No pasé mucho tiempo en esa escuela, sólo medio año y me transfirieron a una más cercana a mi casa porque muchos niños se habían salido y quedaban esos lugares disponibles. Claro, también fue porque a mi mamá no le agradaba para nada el horario, pues se me hacía tarde para llegar a clase y también para regresar a casa por las tardes. Por ello, desde aquí empieza mi divertido y chusco trayecto por mi primaria.

Tener buenas calificaciones no es segunda opción

Recuerdo claramente haber sido una alumna responsable en mi educación primaria, pues no sólo tenía una maestra enérgica y estricta, también un director riguroso y una madre de carácter, como le gustaba decir a mi padre cuando se refería al humor cambiante, pero justo de mi mamá. Lamentablemente ella no tenía mucho tiempo para estar con nosotros, pero siempre dejaba una cosa clara, el número que consiguiéramos y el esfuerzo para ganarlo eran parte de nuestra responsabilidad.

Un día, específicamente al término del ciclo escolar del segundo año, realicé el examen cuyo resultado determinaría si pasaba a tercero o no. Puse todo mi esfuerzo en esa prueba y lo hice sabiendo que lo obtenido sería lo justo. Al final saqué un seis, yo no estaba orgullosa, pero muy en el fondo me regocijaba saber aquella nota, producto de mi esfuerzo. Cuando mi mamá supo de mis notas me tomó de la mano y fuimos donde la maestra, le dijo:

- Repruébela maestra, porque se tiene que esforzar más, porque su única obligación es estudiar.

Inmediatamente la maestra abrió sus ojos con sorpresa y dijo:

-Pero señora, eso es lo que ella se sacó y sí pasa.

Sin embargo, mi madre puso una mirada dura y volvió a insistirle a la maestra:

-No maestra, es lo único que tiene que hacer y un seis para mí, se merece que la repruebe.

La maestra estaba notablemente sorprendida, pero no le ganaba a mi cara de asombro y desconcierto. Después de unos cuantos minutos más de discusión se determinó que no reprobaría el año. Regresé a casa bajo la atenta y dura mirada de mi madre, yo caminaba con desgano al saber con certeza mi futuro: una chancla se escondía en cualquier lugar de la casa esperando a tomar desapercibida a su presa para atacar. Al llegar a mi hogar no pude más y empecé a discutir con mamá, le dije:

- Mamá, es lo que saqué yo, es lo que pude sacar y creo merecer.

Sin embargo, ante este argumento mi madre no cedió y la discusión terminó a su favor. Me sentí derrotada, poco a poco la tristeza se apoderó de mí ese día. Mis excusas o fallidos argumentos no funcionaron contra los suyos; ahora, pensándolo mejor, ella tenía razón, yo no hacía otras cosas como mis compañeros, sólo estudiar y deberes básicos de casa.

Hábito literario

Tiempo después, mi madre me ayudaba con la tarea de lectura. Se sentaba con un libro en las manos, me miraba seriamente y me pedía leer el capítulo o la parte del libro de mi mayor interés, de esta manera se aseguraba de fomentar mi hábito de lectura ella misma, todo iba bien para mí hasta que dijo:

- Ya terminaste de leer, ahora dime qué entendiste de todo lo que leíste.

Yo inmediatamente me petrificaba en mi lugar ante sus ojos, no sé cuándo bajé la mirada, las manos me sudaban y mi mente sólo pensaba cuál sería mi siguiente movimiento para salir de esta situación. Tomé aire para hablar firmemente y decirle cualquier cosa maquinada en mi mente, levanté la vista, abrí la boca para empezar a hablar y... todo fue inútil, las palabras se me fueron, mi mente se puso en blanco y lo único lamentablemente procesado por mi boca fue:

- Hi.. h́joles m..mamá.

Ella tranquilamente respondió:

- No, entonces no te enseñó a leer tu maestra, sólo te enseñó a repetir palabras en voz alta. Léelo de nuevo y esta vez pon atención a lo que lees.

Obviamente yo, sin decir nada más hacía caso y de inmediato, como si de un soldado cumpliendo órdenes se tratara lo hacía, pues sabía que detrás de esa mirada tranquila se encontraba un potencial peligro, como un tigre esperando pacientemente a su presa, midiendo el momento justo para devorarla. La misma adrenalina y miedo sentía yo con mi madre y su enojo.

Días de Educación Tecnológica

¡Aaah, tecnológicas! Así se llamaba la materia en donde nosotros aprendíamos a hacer diversos productos relacionados con la costura, bordado, tejido, entre otras cosas. Era como un taller en donde aprovechábamos para platicar entre nosotros, aunque teníamos claro el trabajo a realizar y cuán importante era utilizar el tiempo otorgado para la realización de productos.

Normalmente cada uno hacía el producto deseado, a menos que se hicieran muestrarios de botones o tipos de costuras con la aguja. Así, al ser un tiempo “libre”, normalmente volteaba con mi compañera de mesa - banco y le preguntaba:

- ¿Qué estás haciendo esta vez?

A lo que amable y alegremente ella contestaba si era un cubrecama, una servilleta, una bufanda o un muestrario nuevo. Y cuando iniciábamos conversación las demás aprovechaban para observar y ayudar con comentarios sobre colores para combinar, puntadas, o si tenía errores, cuya presencia arruinaban la apariencia y vista del producto.

Sin embargo, no todo era color de rosa. Un día mi compañera Laura estaba haciendo un muestrario de tipos de puntadas con agujas y como era costumbre, la maestra pasaba a los lugares a revisar el avance hasta ese momento, así, cuando llegó al lugar de Laura, tomó su muestrario, lo observó detenidamente y le dijo:

-La puntada en la que estás, te quedó mal a la mitad de la línea que formaste. Señalando con su dedo el error.

Laura inmediatamente alzó la cabeza un poco más para observar donde estaba señalando la maestra, vio que efectivamente había un pequeño pero visible error en su puntada y preguntó:

-¿Qué puedo hacer maestra?

Y ella le respondió:

-Vuelve a hacerlo y esta vez cuida los detalles. Al mismo tiempo que deshilaba poco a poco lo que llevaba casi terminado hasta llegar a la imperfección.

Todo esto pasó bajo la atenta mirada del resto de nuestros compañeros del salón, fuimos empáticos con ella porque sabíamos qué se sentía deshacer un trabajo de ese tipo, nos llevaba días de esfuerzo y descartarlo sin más, obviamente hacía llevarse las manos a la cabeza a cualquiera.

Al final, con o sin errores, la mayoría finalizaba su avance del día sin mayores dificultades, pues todos alguna vez ya habíamos sido Laura. Por otra parte, yo concluía más satisfecha que cualquiera de mi salón de clase, pues terminaba con productos para vender; como mi familia era humilde, vi en las servilletas una oportunidad para ayudar a la economía en casa, a escondidas de los maestros claro, porque no se permitía vender en la escuela, pero nunca me encontraron vendiendo nada, así que fue un buen negocio para mí.

Ciertamente en la escuela viví muchas historias las cuales recuerdo con mucha alegría, asombro, risas, sobre

todo nostalgia de volver a sentir aquel salón grande, espacioso, frío y al mismo tiempo acogedor, pero principalmente, tan familiar, que con sólo estar ahí por unos minutos, te hacía de cierta manera sentirte en casa. Sí, una casa muy grande llena de muchos hermanos de todas las edades y segundos padres, cuya presencia reconfortaba.

LA ESCUELA DE MI PADRE

Ruth Maldonado Cuevas

Corría el año de 1955 y había llegado la hora, era el momento. Tocaba mi turno de alejarme de mi pueblo, como mi hermano. Él había regresado ya dejando vacante su beca, le correspondía al siguiente hermano, a mí. Tenía que irme, pero no quería.

Me pregunto si mamá haría lo mismo que cuando se fue mi hermano la primera vez, por fuera su sonrisa florecía, se le veía tan feliz; pero una vez el carro avanzó, ella entró corriendo a la casa y comenzó a llorar amargamente. Su llanto duró toda la noche, sin embargo, ella sabía lo bueno de eso para nosotros. Irnos a estudiar a la ciudad de Guanajuato, a un internado para varones, ahí nos darían la educación primaria, nos prepararían.

Mi madre quedó viuda cuando yo tenía cuatro años, con seis hijos a los cuales mantener, sin preparación, y con muy poco apoyo por parte de la familia de mi padre. La ayuda llegó tiempo después, cuando le propusieron mandar a sus hijos varones a estudiar a la ciudad de Guanajuato; se había presentado una oportunidad, el Profr. Zarza tenía un conocido que le ofreció algunas becas para sus paisanos, claro, quienes fueran hermanos habrían de ir de uno en uno, conforme se fuera desocupando la beca.

Para mi mamá la opción no pudo llegar en mejor momento. Sí, la entendía como una importante oportunidad

de estudio, de ayudar a sus hijos para el futuro; pero a la vez, eso le daba cierta tranquilidad al saber que ese hijo podría comer tres veces al día, además de contar con calzado y vestimenta.

Subí al taxi que me llevaría junto con los otros a la ciudad de Jasso, en Hidalgo, para tomar el tren hacia el internado. Viajé todo el día. Al llegar me encontré con un edificio enorme de color amarillo claro, me dieron mi uniforme: dos overoles y dos pares de zapatos mineros, los cuales debían durarme todo el año.

Al día siguiente resolví un examen, para con él, pudieran valorar mis conocimientos. Yo ya había cursado en Jilotepec hasta el cuarto grado, por lo tanto, solamente iba a estar allá dos años nada más, pero ¡oh, sorpresa!, por mis resultados debí regresarme hasta segundo. Me dijeron que no me preocupara, ahí aprendería muchas cosas, entre ellas a comportarme y cómo no, si era una institución semi militarizada.

Los primeros meses no fueron nada fáciles: levantarse a las cinco de la mañana al escuchar el toque de corneta, si llegaba el maestro de Educación Física debías salir a hacer ejercicio con él, después de haber sudado *la gorda*, bañarte con agua fría en las regaderas comunales, regresar a tender tu cama, esperar la revisión del teniente y el pase de lista.

Posteriormente, ir al comedor a desayunar en punto de las 7 a.m. Al terminar podías jugar gato o futbol hasta que se dieran las nueve en punto, momento en el cual iniciaban las clases. De ahí, hasta la una tenías un descanso de una hora, podías ocuparlo en adelantar tareas, estudiar o jugar.

A las dos de la tarde se servía la comida. Debías sentarte a la mesa con tu pelotón (éste estaba conformado por diez hombres y un sargento) mientras una compañía (tres pelotones y un teniente) se encargaba de atender a toda la escuela. Nos colocaban al centro dos platones de peltre con la finalidad de depositar ahí lo que no te fueras a comer, por ejemplo: la cebolla o las zanahorias si eras melindroso. Para quienes andaban como yo, siempre con hambre, eso era un deleite, pues con los restos llenabas la panza. Terminando ibas a lavarte los dientes, preparándote para, a las tres de la tarde, regresar a clases y culminar la mañana de estudios a las seis, o siete si el maestro así lo decidía.

Saliendo de clases merendabas un delicioso café, acompañado de leche, pan y frijoles, para después ocupar el tiempo restante en realizar tus tareas o jugar hasta el toque de silencio, el cual indicaba el momento de ir a dormir y apagar las luces, esto se hacía a las 10 p.m.

Nos alojaban por compañías en los dormitorios, éstos sólo contaban con las literas. La poca ropa que tenías la colgabas en los barrotes entre ellas o la colocabas a los pies de la cama. Nosotros éramos responsables de mantener el lugar aseado y diariamente lavar nuestras prendas interiores.

Recuerdo las tareas, a veces eran sencillas, pero otras, muy complicadas. Hubo ocasiones en las que me quedé hasta la una o dos de la madrugada en las escaleras, donde sí había luz, para poder culminarlas. Las más difíciles fueron las relacionadas con la poesía, cuando nos dejaban aprender de memoria *La raza de bronce* o *La suave patria*.

Yo estaba cansado de todo eso, me dolía estar lejos de mi familia. Empecé a sacar malas calificaciones para perder la beca y me regresaran a casa. Mi primo, quien estudiaba allá también, habló conmigo, me preguntó si era consciente del sacrificio de mi madre al tenerme lejos, del dolor que le iba a causar si volvía así. La verdad, sus palabras me hicieron reflexionar y desde ese momento comencé a echarle ganas.

El nivel académico en la escuela era muy exigente. Los maestros eran docentes por vocación, pero además estaban excelentemente preparados. Se entregaban a la enseñanza, les importábamos, se preocupaban porque aprendiéramos y por eso nos trataban de fijar los temas casi a fuerzas; no obstante, nunca nos golpearon para conseguirlo.

Recuerdo sobre todo, con mucho cariño y admiración, al profesor Aristeo Arredondo; era una eminencia. Me dio clases en quinto y sexto grado. Con él no te aburrías, podías pasarte hasta las 10 - 11 de la noche en sus clases; las hacía interesantes, incitándote a preguntar cada vez más acerca del tema. Era una cosa hermosa con ese maestro. Gastaba mucho dinero en material didáctico. Me acuerdo perfecto como un día nos llevó los pulmones y las tráqueas de seis cerdos, con el propósito de que viéramos cómo estaba conformado el sistema respiratorio.

Ese día, primero explicó, después me mandó a comprar una cajetilla de cigarros. Cuando regresé me pidió le repartiera uno a cada equipo de trabajo, los cuales ya tenía los restos de los puercos sobre las mesas. Nos dijo a quienes fumábamos (porque sí, para ese entonces varios de mis compañeros y yo ya teníamos ese mal hábito) que

encendiéramos el pitillo, echáramos el humo al pulmón y lo cerráramos un rato. Luego lo abrimos, nos pidió observar lo sucedido incitándonos a reflexionar sobre el daño ocasionado por el tabaco. Ese día no sólo nos dio una lección sobre anatomía, al mismo tiempo nos hizo más conscientes de las consecuencias de consumir productos nocivos para la salud, exhortándonos a dejar de fumar.

Las materias impartidas eran: Aritmética, Civismo, Ciencias Naturales, Historia, Gramática, Educación Artística. Además, nos preparaban para la vida a través de diversos talleres que nosotros podíamos escoger; éstos se daban una vez a la semana por las tardes. Yo cursé: en 2º grado, carpintería; en 3º, sastrería; en 4º, hojalatería; y repetí panadería en 5º y 6º, porque aparte de ser mi favorito "ahí se sacaba la lana".

Al ir a trabajar allí, te daban tu pesada, es decir el material para hacer el pan, pero yo aparte iba a la calle, compraba uno o dos kilos de harina, dependiendo como anduviera de dinero, uno o dos huevos que eran baratos en aquella época, aceite y cocoa. Lo revolvía con mi pesada y hacía birotos grandotototes, los horneaba y cuando salían, los chamacos me pedían les vendiera.

-¿Cuánto quieres?, -les preguntaba.

-50 centavos -me respondían.

Yo les cortaba un pedazo y se los daba. A veces les fiaba pero ya les salía más caro: a peso. Les gustaba mucho mi pan por la cocoa y el azuquítar; me quedaba bien sabroso.

Todo lo que se hacía en los talleres lo usaban o consumían los estudiantes del internado, por ejemplo en

zapatería, los zapatos eran para los integrantes de la escuela. Se podía vender entre los compañeros si tú comprabas tu material, entonces las ganancias te pertenecían.

También, la materia de Civismo era sumamente importante, no sólo en el aula, en cualquier actividad de la institución. Se valoraban de manera preponderante el respeto a los símbolos patrios y todo aquello relacionado con la historia de nuestra nación. En una ocasión, en un homenaje del 13 de septiembre en honor a los Niños Héroes, se estaba haciendo el pase de lista cuando un compañero de Tlalnepantla se sintió mal y cayó de frente sin meter siquiera las manos, se golpeó en la quijada con la guarnición de la banqueta. Nadie se movió, permanecimos en firmes; fue la Cruz Roja quien llegó a auxiliarlo.

Ahí decir firmes, era firmes. No podías voltear a ningún lado, únicamente podías mover los ojos. Si algún docente notaba un movimiento, te daba un golpe en la cabeza al grado de sangrarte (de las pocas veces que sí había golpes). Uno nada más sentía el dolor y te volvías a poner en firmes, percibiendo como escurría el líquido escarlata, pero sin quejarte.

La disciplina era algo muy valorado. Si no cumplías con tus responsabilidades te arrestaban. Esto implicaba no salir los fines de semana del internado y se podía prolongar desde un solo fin hasta un mes o más, dependiendo la gravedad de tu falta. Además, debías hacer el aseo de toda la escuela, pues ésta siempre estaba impecable en cuanto a limpieza se refiere.

Esto a mí sí me afectaba, pues a pesar de no regresar a mi casa (sólo lo hacía en vacaciones: dos semanas en mayo y dos en septiembre), los sábados y domingos los aprovechaba saliendo a trabajar como lavaplatos en el Hotel Orozco o como guía de turistas, con lo cual ganaba dinero para comprar el material de mis panes o los libros de la escuela. Sí, antes comprábamos los libros, no eran gratuitos como ahora.

Al principio fue uno de mis tíos quien me apoyó con la compra, después yo contribuía para pagarlos puesto que no eran baratos, el paquete anual de cuatro libros llegó a costar hasta 30 pesos. También necesitaba comprar mi cuchara de peltre, parecía una credencial, debía colgarla con un hilito en el cinturón y así poder comer. Si la perdía, con qué comía; no había de otra, con los dedos o con las cuatro tortillas proporcionadas, pero no alcanzaba para toda la comida.

La beca exclusivamente cubría la colegiatura: seis pesos mensuales. Nos daban \$7.50 si el mes traía 31 días. En esos meses nos poníamos felices pues nos quedaba \$1.50 para gastar. Recuerdo que durante mis cinco años allá, mi madre en una sola ocasión me dio cinco pesotes. Pensé mucho en todos los sacrificios hechos con el fin de juntar ese dinero y dármelo.

A la escuela asistían tanto niños internos como externos, es decir, no todos estaban de tiempo completo, había quienes sólo iban a clases y luego regresaban a sus casas. También existían niños, jóvenes y adultos (cuando entré tenía compañeros de 22 y 23 años) de distinta posición

económica, pero nunca hubo distinciones. La escuela contaba con mucho prestigio y gran reconocimiento. El ciclo escolar iniciaba el primer lunes de febrero y terminaba a mediados de noviembre. Hasta entonces, yo tenía la oportunidad de regresar con mi familia.

Tantos recuerdos, tantas anécdotas: las llamadas para entrar a clases por medio de la corneta; el toque de silencio por las noches cuando era *El Jaibo* (lo llamábamos así por ser de Tampico) quien lo ejecutaba, lo hacía de una manera única; los juegos en el patio; los comités de mejora; las peleas.

En cuanto a los juegos, disfrutaba mucho las carreras de carritos; aunque no eran propiamente juguetes, sino corcholatas. Dibujábamos una carretera en el piso de aproximadamente cuatro centímetros de ancho, a lo largo había curvas y líneas horizontales que definían ciertos puntos de llegada. El objetivo era llegar a la meta golpeando con los dedos la corcholata, pero sin salirte de los laterales y tocando forzosamente las marcas intermedias, eso te obligaba a afinar tu puntería.

Durante los juegos solían haber algunos accidentes, por ejemplo, al jugar fútbol nunca faltaba el vidrio roto. Para esto existían los comités de mejora. Ellos se encargaban de arreglar los desperfectos lo más rápido posible, pero eso sí, cuando llegaba la beca, el o los responsables del daño recuperaban el dinero gastado. Era algo así como un préstamo que luego debías pagar.

Finalmente, las peleas, no había muchas porque sabíamos las consecuencias, pero tenía dos compañeros a

quienes nunca pudieron domar: *El Puma* y *El Lépero*. A este último, el primer día de clases, el hijo del director del internado le pegó una cachetada; después, salió corriendo a esconderse en su casa, que estaba integrada a la institución, justo debajo de las escaleras para subir al segundo piso. El otro llegó, abrió la puerta y ahí mismo le dio *en la torre*. Todos nos quedamos sorprendidos por su intrepidez.

En fin, allá terminé mi primaria. Padecí; no obstante, me sirvió de experiencia para muchas cosas. A veces como padres decimos: “No quiero que mi hijo sufra lo que yo sufrí”, pero es un error. A los hijos debemos permitirles sobrellevar algunas penas a fin de enseñarles a valorar la vida y sus circunstancias.

Relatos sobre educación: las voces del recuerdo, de Ruth Maldonado Cuevas (coordinadora), se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Editorial Cigome, S. A. de C. V., ubicados en vialidad Alfredo del Mazo núm. 1524, C. P. 50010, colonia La Magdalena, Toluca, Estado de México. Cuidado de la edición: Ruth Maldonado Cuevas. El tiraje consta de 750 ejemplares.

